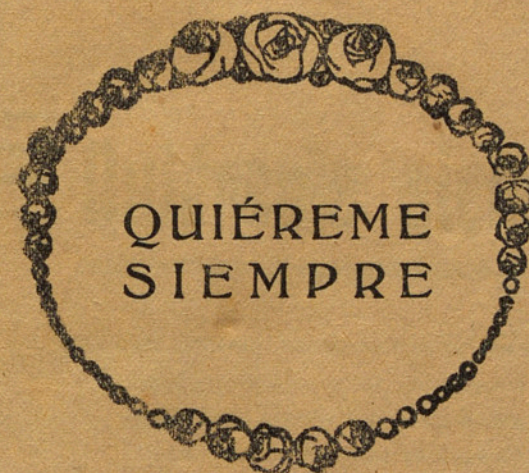


**EDICIONES
BIBLIOTECA
FILMS**

**GRACE
MOORE**

**LEO
GARRILLO**

QUIEREME SIEMPRE



QUIÉREME
SIEMPRE

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN
ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona
AGENTE DE VENTAS
Sociedad General Española de Librería - Barbé, 16 - Barcelona

EDITORIAL
"AELAS"
Publicación semanal

Año II

Núm. 226

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

Quiéreme siempre

En esta comedia, humanamente sentimental, destacan dos valores; el de la simpatía y emotividad de su asunto, y el valor musical propiamente dicho, pues su protagonista, **Grace Moore**, raya a la misma altura como cantante que como actriz, secundada irrepochablemente, por **Leo Carrillo**

SUPERPRODUCCION

COLUMBIA FILMS, S. A.

Casa Central: Av. 14 de Abril, 484 - Teléfono 80141 - BARCELONA
SUCURSALES EN: Madrid, Valencia, Bilbao y Sevilla.

IMPRENTA COMERCIAL. - Valencia, 234 - Tel. 70657 - BARCELONA

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

Margarita Howard . . .	GRACE MOORE
Stefano Corelli . . .	LEO CARRILLO
Luigi . . .	Luis Alberin
Philip Cameron . . .	Robert Allen
Miller. . .	Douglas Brumbille

Director:

VICTOR SCHERTZINGER

QUIÉREME SIEMPRE

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

PERSONAJES Y PERSONAJILLOS

MARGARITA Howard, una joven educada a la moderna, pero que, no obstante ello, no había perdido nada de su feminidad, había heredado un nombre que se recordaba con respeto entre las clases aristocráticas y los restos gloriosos de lo que había sido una fortuna considerable. Lo único que había llegado a ella íntegramente, era la belleza extraordinaria de su madre, de la que era un fiel retrato, avalorado por una gracia y una simpatía irresistibles.

No se podía, pues, tachar a Margarita Howard de desafortunada más que en el sentido estricto, material, de la palabra, ya que su fortuna había sufrido grave quebranto en los últimos tiempos. Pero era tan optimista con respecto al porvenir y en su espíritu sano y vigoroso alentaba tal confianza en sí misma, que no le arredraban lo más mínimo las contingencias de la suerte.

Tanto era así, que hallándose en vísperas de la subasta de la casa solariega de los Howard, con sus preciosas y valiosas colecciones de objetos de arte, enriqueci-

das esplendorosamente de generación en generación, Margarita pasaba, a la sazón, los últimos días de la temporada en una elegante estación invernal consagrada a los deportes de nieve.

Allí estaba también Philip Cameron, un muchacho cuya única preocupación en la vida era gastar, alegremente las rentas de su considerable fortuna, aparte de la de hacer el amor a Margarita, la que hubiera podido resolver todos sus problemas económicos aceptando las pretensiones de Philip, que la instaba de continuo para que le diese, de una vez, el anhelado sí.

Pero Margarita no estaba dispuesta aún a perder su hermosa libertad y, mucho menos, a venderse a un hombre al que no profesaba más que una simpatía y un afecto cordiales, pero al que no amaba, si bien se dejase querer por él.

Y como consecuencia de ello, un atardecer, cuando Philip Cameron acompañaba a Margarita a su chalet, después de una fiesta deportiva que ésta había amenizado dejando oír su preciosa voz y en la que todos los concurrentes se habían divertido de lo lindo, no pudiendo Philip alargar el camino, hacía dar vueltas y más vueltas al conductor del tri-

neo, al solo objeto de prolongar la compañía y la conversación con la joven.

—Una vuelta más, la última, y llevaremos a la señorita Howard a su casa—dijo Philip al conductor del trineo.

—¿Te has propuesto marearme con tantas vueltas?—le preguntó entonces Margarita fingiendo un enfado que estaba muy lejos de sentir.

—Tú eres la que me tienes mareado—la contestó Philip tratando de retener las manos de la joven entre las suyas.

—Si no por mí, al menos compadécete de los pobres caballos. ¿Qué culpa tienen ellos de que tú seas un pobre sentimental?—arguyó ella sonriendo.

Hubo una breve pausa y Philip, como si recobrara súbitamente la gravedad, se dejó decir:

—Oye, Margarita. Aun no hemos hablado formalmente de lo que te propuse esta tarde.

—Detesto la formalidad — repuso ella, encogiéndose de hombros.

A todo esto el fresco comenzaba a ser molesto de verdad y los caballos lanzaban vahoradas de humo dando una vuelta tras otra al pequeño bosquecillo de abetos. Y el cochero, encaramado en el pescante, arrebujaado en su grue-

sa manta de lana, descargaba su malhumor con frecuentes golpes sobre la grupa de los caballos, como si ello estuviesen la culpa de los caprichos del señorito.

—Dando vueltas no se va a ninguna parte—acabó por decir el cochero, que venía rezongando hacía un rato.

—¿Oyes lo que dice ese hombre?—observó Margarita—. Tiene razón; debemos regresar a casa.

Pero Philip pareció no prestar atención a sus palabras, atento a la idea que le dominaba. Así, en lugar de contestarla, la preguntó:

—Contéstame a una cosa, Margarita... ¿Cuándo nos casamos?

—Nunca, Philip—le repuso ella haciendo un mohín de disgusto. Ya te he dicho mil veces que no hablemos de eso. Me encanta oír tus declaraciones de amor, pero no me decido, y creo que no lo haré nunca, a encadenar mi hermosa libertad.

—Te he hablado en serio, Margarita, y me contestas con los frágiles argumentos de siempre. Y en serio, para que respondas en la misma forma, te pregunto otra vez: ¿Por qué no nos casamos?

—Porque no quiero ser rival de tus caballos. Las carreras son tu gran afición y no quiero que el

día de mañana me olvides por uno de tus caballos favoritos.

Philip guardó silencio unos segundos y después de reflexionar un poco, preguntó:

—¿No será que quieres a otro, Margarita?

Esta, haciendo un gesto de sorpresa, como si la pregunta fuese una suposición absurda, replicó vivamente:

—Ya sabes que nunca he pensado en eso, y que no tengo más que un pretendiente, que eres tú. De modo, que si en algo te consuela, puedes tener la seguridad de que no existe rival.

Y una vez más Philip Cameron hubo de resignarse. Margarita era un amor imposible, pero el estaba sinceramente enamorado y no desmayaba, esperando que más adelante cambiara de opinión.

Así llegaron al final de aquel «dilatado» viaje y se despidieron a la puerta del chalet de Margarita.

*
**

El despertar de Margarita al día siguiente fué poco agradable.

Nancy, su insustituible ama de llaves, abrió las maderas de las ventanas más temprano que de costumbre, llenándose de sol la habitación, lo que hizo a Marga-

rita abrir los ojos e incorporarse sobresaltada.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—Ya sabes que hoy es el día de la subasta—la respondió Nancy.

Y como parecía que Margarita había olvidado la tal subasta, la desagradable noticia la puso de mal humor, no sólo por lo que significaba en sí, sino porque la desagradaban extraordinariamente aquellos trámites engorrosos.

Repuesta la joven de la primera impresión, preguntó a Nancy, desprecizándose:

—¿Que hoy es la subasta?... Bueno, ¿y qué?

Recuerda que quieren que estés presente.

—En realidad no sé por qué es necesario que yo esté allí. Después de todo no voy a hacer nada, y creo que es mejor no asistir a un acto tan desagradable—arguyó Margarita tratando de justificar, ante Nancy, su ausencia en la subasta.

Pero el ama de llaves insistió:

—Debes ir. Es la casa de tus padres, donde tú naciste, donde pasaste tu infancia, donde te has criado y hecho mujer... Hoy va a desaparecer todo... Van a arrebatártelo todo.

—Mira, Nancy, no te pongas sentimental tú también y contés-

tame a lo que voy a preguntarte. ¿Crees que con lo que saque de la subasta habrá para pagar todas las deudas?

—Tal vez... Creo que sí y que aun puede que sobre algo. Pero no te hagas muchas ilusiones, porque no sobrará gran cosa.

—¿Cuánto dinero te queda, Nancy?—preguntó Margarita a su ama de llaves con la misma indiferencia que podía haberla preguntado si se había desayunado ya.

—Muy poco. Apenas para el viaje de regreso.

Y mientras Margarita se tiraba del lecho, perezosamente, y se vestía con una calma desesperante, Nancy ponía en orden todo lo que la joven había dejado por en medio la noche anterior.

—Con los tres millones de Philip Cameron, resolverías todos tus problemas—insinuó Nancy, como sin dar importancia a sus palabras, después de un rato de silencio.

Margarita la miró con asombro y luego la repuso, irónicamente:

—La verdad es que eres una mujer de recursos. Pero más valdría que en vez de dar consejos a los demás los pusieses tú en práctica... Por ejemplo, ¿por qué no te casas tú con Philip Cameron?

Nancy se echó a reír y repuso:

—¡Qué más quisiera yo!... Un muchacho guapo, rico, de buena familia... Y que es de ti, Margarita, de quien está enamorado, y no de mí.

Estas palabras, dichas con todo cariño y sinceridad, suavizaron un poco a la joven. En realidad Nancy, la buena compañera de siempre, pues había estado al servicio de la familia y quería a Margarita como si fuese su hermana o su hija, no merecía ser tratada descortésmente.

—Mira, Nancy, francamente—exclamó al fin—. Mi problema no es tan serio como parece... Quiero a Philip, pero como amigo, nada más, y esto no es suficiente para casarme con él... Para casarse hay que estar enamorada, ¿no es verdad?... Además, aunque le quisiera mucho no me casaría con él en estos momentos en que van a vender mi casa para pagar lo que debo.

Nancy, después de oirla, hizo un gesto de resignación, y Margarita prosiguió:

—La pobreza—afirmó la joven sentenciosamente—tiene un lado interesante.

Pero dejemos a la señorita y a su ama de llaves en sus disqui-

siciones y trasladémonos de lugar para conocer nuevos personajes que han de tener parte principalísima en esta historia.

*
**

Serían las nueve de la mañana de aquel mismo día y en la antecámara del despacho de Stefano Corelli, se hallaban hablando dos individuos de aspecto poco recomendable. Sus tipos vulgares, no obstante lo correcto de su indumentaria, contrastaban con la elegancia y el buen gusto que presidían el decorado de la habitación. Se echaba de ver en seguida que ninguno de ellos pertenecía, ciertamente, a linajes distinguidos, sino que procedían más bien de las últimas capas sociales, tanto por el modo de hablar como por su aspecto y ademanes.

Uno de ellos era Luigi, una especie de secretario particular y administrador... honorario de Stefano Corelli, que tenía puesta en él toda su confianza, aun cuando no le hiciese caso nunca en sus consejos, bien inspirados, por lo general.

El otro era Miller, «hombre de negocios», propietario de un Cabaret de la vecindad.

Miller, para llegar a ostentar el título único de propietario había

tenido que renunciar a toda clase de escrúpulos. Y así, desde su humildad primera, había logrado crearse una situación de privilegio, que no pocos envidiaban.

Por el contrario, Luigi no había pasado de su categoría de hombre de confianza de Corelli. Y es que Luigi era modesto, sencillo, y todo corazón. El se llamaba tonto a sí mismo cuando veía a otros elevarse y enriquecerse, pero no era tonto ni mucho menos, si bien las rarezas y las genialidades de su amo y señor le entonteciesen muchas veces. Era, como dicho queda, un individuo de buenos sentimientos y de excelente corazón, cualidades que no le habían permitido escalar una posición brillante, y se conformaba, resignado, con su suerte.

Además, Luigi quería a Stefano Corelli como a un hijo y le admiraba como si fuera un semidiós. Corelli podía descansar en él en alma y vida, ya que Luigi era el símbolo viviente de la lealtad y de la fidelidad.

Ambos, Miller y Luigi, llevaban aguardando en la antesala un gran rato y en Miller crecía visiblemente la impaciencia, hasta que, al fin, preguntó a Luigi:

—¿Me ha dicho que Corelli está en el baño?

—Así es, en efecto—le contestó Luigi.

—¿Pero cuánto tarda en remojarse la piel?

—Depende de la ópera que ponga en el gramófono. Hoy escogió *La Bohème*—repuso Luigi, como sin dar importancia al hecho.

—¿Es larga esa música?

—Hora y media, aproximadamente.

Miller no pudo reprimir un gesto de disgusto, añadiendo a poco.

—¿Oye toda la ópera dentro del agua?

—Naturalmente... Cuando trabajaba en el matadero estaba tres meses sin poderse bañar y ahora se está desquitando.

En efecto; entre las muchas excentricidades de Stefano Corelli, figuraba una desmedida afición a la música.

Pero no podemos pasar adelante sin dejar consignados algunos antecedentes relativos a Stefano Corelli, que había dado comienzo a sus actividades como matarife, para hacerse, posteriormente, carnicero, oficio que dejó por el más lucrativo de contrabandista de licores, y éste, por el de «croupier». Actualmente, rico ya, muy rico, era propietario de un Caba-

ret y casa de jugo, titulado «La Zapatilla de Plata».

Su afición a la música, que hemos aludido antes, constituía una pasión avasalladora que dominaba su vida. Para oír una buena ópera hubiera sido capaz de hacer cualquier sacrificio. En el baño, incluso, como había dicho Luigi a Miller, había hecho instalar un soberbio gramófono y todas las mañanas gustaba voluptuosamente, del placer de bañarse oyendo íntegramente la partitura de una ópera.

Y esto precisamente, oír «La Bohème», zambullido en la bañera, era lo que estaba haciendo en aquellos momentos, sin importarle un ardite que Miller le esperase, cosa que no ignoraba.

Mas, por fin, al cabo de un buen rato, hizo acto de presencia Stefano Corelli en el antedespacho donde se hallaban Miller y Luigi.

Se presentó, como es consiguiente cubierto con un alznor, en babuchas y chorreándole agua la cabeza, cuya cabello aparecía enmarañado.

Era Corelli un hombre de mediana estatura, pero de compleción robusta. Sus labios eran finos y sus ojos, vivos y sagaces, denotaban una inteligencia despierta y una gran decisión. Aun

cuando ello desdecía un poco de su aspecto general, lucía un bigotito recortado, más propio de un muchacho que de un hombre hecho y derecho, y curtido en la vida, como él.

Al aparecer Corelli en la antesala, sin saludar siquiera a Miller se dirigió a Luigi, y le dijo:

—Ya no quiero el Ave María en mi entierro, ¿entiendes?... Prefiero que la orquesta del Metropolitano, cuando me acompañe a la última morada, como lo hará, toque «La Bohème»... Y, además, todos los años, el día de mi santo...

Luigi entonces le cortó la palabra.

—Eso costará mucho.

—Cueste lo que cueste. Yo estaré muerto y no me importa—le repuso Corelli.

—Y quién oirá la música?—le preguntó el propio Luigi.

—¿Quién va a oírla?... ¡Yo!... Que la orquesta toque delante de mi tumba «La Bohème». Esa música resucita a cualquiera.

A extremos como este llevaba a Stefano Corelli su obsesión por la buena música.

Cuando Corelli terminó de hablar, Luigi reflexionó un momento. Y llevado de su tozudez, que le hacía no dar su brazo a torcer

así como así, musitó unas palabras, como si hablara consigo mismo.

—¡Bien!... En vez de la orquesta llevaré un gramófono y saldrá más barato.

Esta verdadera salida de tono indignó a Corelli.

—¡No lo hagas... porque saldré de la tumba y te estrangularé...

—Bueno, Stefano—dijo entonces Miller cortando aquella conversación—. He venido otra vez para hablarte del restorán.

Corelli acogió estas palabras con un gesto de desagrado, y repuso.

—Ya te dije el otro día que tu restorán no me interesa.

—Es un buen negocio, créeme—afirmó Miller.

—Con el mío me basta y me sobra. «La Zapatilla de plata» será siempre mi favorita, y no quiero embarcarme con un muerto como el tuyo. Hace veinte años que vivo de mi establecimiento. Fué mi primer negocio serio y se me partiría el alma si lo dejara.

—Cualquiera que te oyera creería que eres un sentimental. Y tu corazón es una piedra cubierta de nieve—le replicó Miller con rabia mal disimulada.

—Te gustaría abrírmelo, ¿ver-

dad?—le dijo Stefano medio en serio medio en broma.

—Si pudiera, si que lo haría—exclamó Miller, cogiendo el sombrero y saliendo rápidamente sin despedirse siquiera!

Corelli le vió partir y le sonrió, mientras Luigi le seguía con ojos de asombro.

—¿Por qué querrá venderme el restorán?—se preguntó a sí mismo Corelli, en voz alta, evidenciando su curiosidad y su preocupación.

—Muy sencillo—le contestó Luigi—. Para abrir otro en la casa contigua y quitarte luego los clientes.

—¿En la casa que van a subastar hoy?—inquirió Corelli, comprendiendo que su amigo no iba descaminado.

—¿Lo sabes ya?... No te había dicho nada, porque cada vez que vas a una subasta te lo llevas todo... Ayer estuve yo en esta casa y no hay más que cosas viejas...

—¡Eso no es posible!... El anuncio dice que todo es excelente—aseguró Stefani.

Al oírle Luigi le contempló unos momentos moviendo la cabeza, como compadeciéndole. Y luego se atrevió a insistir.

—No me lo explico. Tienes la casa de trastos viejos... No se puede andar por ninguna parte

sin tropezar con antigüedades, y aun irás detrás de todos esos cachivaches como podría ir un niño detrás de unos juguetes.

—Cuando los trastos no me quepan aquí, me compraré una casa más grande... ¿Qué sabes tú, desgraciado, del placer que proporcionan las antigüedades?

Esta era otra de las debilidades de Stefano Corelli. Tal como había dicho Luigi, la casa estaba abarrotada de trastos viejos, todo ello sin contar con la colección de discos para el gramófono, que excedía de los tres mil, y con los varios aparatos de radio que poseía. Podía decirse, sin pecar de exagerados, que la casa de Stefano Corelli tenía tanto de bazar como de museo.

Y él era feliz con esas cosas, ya

que no tenía otras aficiones ni otros entretenimientos, aparte su negocio, pues las mujeres no le atraían gran cosa porque las tenía algo así como un poco de miedo. Ellas constituían el único capricho en el que Corelli no se atrevía a arriesgar ni su tiempo, ni su fortuna.

El corazón de Corelli era un corazón de niño, tan sensible a la buena música, como indiferente y duro a las seducciones femeninas, al menos hasta entonces. Sus dos grandes y únicos vicios eran esos: la música y las antigüedades. Para él la vida no dejaba nada que desear si podía pasársela entre sus amados trastos, oyendo una música buena y fumando un cigarro de lo mejor.

UN ENCUENTRO PROVIDENCIAL

Había, en efecto, objetos preciosos y muy valiosos en la gran subasta del palacio de los Howard. Por eso, porque lo sabían todos los que concedían alguna importancia a las cosas artísticas había acudido a la subasta un público numeroso y distinguido, entre el que figuraba lo más rancio de la aristocracia, al que atraía la posibilidad de aprovechar aquella ocasión, que no solía presentarse con frecuencia, para hacerse con algún efecto que pasara a enriquecer las joyas de arte o de valor histórico que el que más y el que menos poseía ya.

Cuando entró en la casa de los Howard Stefano Corelli y empe-

zó a recorrer sus salones, quedó maravillado.

Y es que Corelli era, ya que no por ilustración, de la que andaba bastante escaso, sí por intuición, que nunca le fallaba, un gran conocedor de las cosas de arte.

Pues bien, Corelli, seguido de cerca por Luigi, que no le perdía de vista, y que movía la cabeza harto significativamente cada vez que le veía acercarse a algún cachivache de aquellos, como los llamaba él, examinó diferentes efectos sin ocultar que le placían.

—Esto es más importante de lo que decía el anuncio—dijo, por fin, Corelli, con satisfacción, oprimiendo el brazo de Luigi, que presentía que el final sería

que cargarían con casi todo, ya que casi todo le gustaba a Stefano.

—Ya puedes ir pensando en comprar una casa más grande, como dijiste esta mañana, porque en la de ahora no cabe nada de esto—le repuso Luigi.

Al llegar Corelli y Luigi al salón donde actuaba el subastador, éste se disponía a proceder a la venta de una magnífica obra de arte: un biombo chino, de laca.

—Se va a subastar un biombo de laca, de la época del Emperador chino Gan Tshing, una verdadera joya de gran valor artístico e histórico—decía el subastador.

—¿Cuánto ofrecen por el biombo?... ¿Cuántos dólares dan?...

—Cincuenta—dijo uno de los presentes.

—¿Nada más que cincuenta?—preguntó el subastador, al propio tiempo que anunciaba la oferta.

—Doy cien—dijo Corelli entonces, como sin dar importancia a su oferta.

—¡Ya estamos en el baile!—murmuró Luigi, en voz baja, al oírle.

Otro comprador ofreció por el biombo ciento veinticinco dólares, pero Corelli superó la oferta en el acto ofreciendo, a su vez, cincuenta dólares más.

A partir de este momento co-

menzó un verdadero pugilato por la adquisición del biombo, que acabó por pasar a posesión de Stefano por la suma de quinientos dólares. Y era que Corelli, lo mismo en esto que en todo, nunca daba su brazo a torcer y siempre se salía con la suya.

La subasta continuó, como continuó Corelli sin apartarse del subastador y Luigi de Corelli.

Un soberbio reloj de porcelana de Sévres, decorado con oro de veinticuatro quilates... ¿Cuánto dan por él?—preguntó el subastador.

En tanto Corelli, embobado mirando el biombo, hubo de decir a Luigi:

—Este ganso sabía hacer biombo.

—Y también sabía cobrarlos—le contestó Luigi, sin poder disimular su contrariedad.

—¿Cuánto dan por el reloj?—inquirió de nuevo el subastador.

—Cien dólares—dijo una voz, Doscientos —replicó Corelli en el acto.

La oferta por el reloj fué subiendo hasta los trescientos dólares, cifra ante la cual Corelli miró al subastador haciéndole una seña con la cabeza, pero sin despegar los labios.

—Ofrecen trescientos cincuen-

ta dólares—anunció entonces el subastador.

—¡El no dijo nada!—protestó Luigi al oírlo.

—Tratándose de mí, con un movimiento de cabeza, basta—le replicó Corelli enfáticamente.

Pero el reloj siguió subiendo de precio.

—Dan cuatrocientos dólares—exclamó el subastador.

—Doy quinientos—insistió Corelli, quien acto seguido se rectificó ofreciendo seiscientos dólares.

—¡Pero si tú mismo ofreciste los quinientos!—le hizo notar Luigi, sin salir de su asombro.

—Lo sé, pero eso vale seiscientos dólares.

Y por los seiscientos dólares, Corelli se quedó también con el reloj.

A este punto llegaba la subasta cuando hirió gratamente el oído de Stefano Corelli el eco, no muy lejano, de una voz que entonaba una linda canción.

Llevado de su loca afición a la música, prestó atención, pero nada dijo, adquiriendo, eso sí, el convencimiento de que en una habitación contigua alguien cantaba, mujer, desde luego, haciendo derroche de una voz maravillosa.

La venta de los objetos empezó

a partir de este instante, a perder interés para Corelli, atento a escuchar la canción.

—He aquí un estupendo gobelino — anunció el subastador — ¿Cuánto ofrecen por él?

—Luigi, compra ese aparato cueste lo que cueste—ordenó Corelli a su amigo, abandonando él la subasta y dirigiéndose hacia el sitio de que partía la voz. Franqueó la puerta del salón y se encontró en otro, a cuyo fondo había otra puerta, tras la cual, indudablemente, estaba la persona que cantaba acompañándose al piano.

Corelli llegó hasta esta segunda puerta y la abrió cautelosamente, y miró.

En efecto, sentada ante un piano, de espaldas a la puerta una mujer, indudablemente joven, tocaba y cantaba.

Corelli penetró en aquella otra estancia, parándose a escuchar.

*Amante a tus pies, mi amor te di.
Quiéreme siempre, llama de pasión,
porque tuyo es mi corazón.*

—¡Admirable! — exclamó Corelli al oír estas estrofas con que terminaba la canción.

La persona que tocaba el piano, que no era otra que Margari-

ta Howard, se levantó rápidamente y se volvió, quedando apoyada sobre el piano.

—No quiero molestarla—la dijo entonces Corelli, sentándose tranquilamente e indicando a la joven que se sentase también, como lo efectuó Margarita, a la que la inesperada visita no había causado el menor susto.

—¿Dónde la he oído cantar?—preguntó Corelli a la joven al cabo de unos segundos de silencio.

—Nunca he cantado en público—le contestó Margarita.

—¡Tiene una voz bellísima!

—¡Gracias!...

Como Corelli no era hombre de grandes recursos oratorios y menos para una señorita tan distinguida como aquella, calló unos momentos buscando tema para proseguir aquella conversación que le complacía en extremo. Y al fin, dijo:

—Acabo de comprar un biombo que perteneció a un individuo llamado... llamado... no sé qué de ganso...

—¿Quién es ese tipo?—le preguntó Margarita sin poder contener la risa.

—¿Por qué se ríe?

—Gan-Tshing fué un emperador chino de la Edad Media.

—¿También vino usted a comprar algo?—preguntó Corelli a la joven.

—No: a vender todo esto.

—¿Es usted la señorita Howard?... Mi nombre es Stefano Corelli.

—¿Usted sí ha venido a comprar?

—Me encantan las antigüedades y los objetos de arte, como me encanta la música: son mis dos debilidades.

Corelli y la señorita Howard guardaron silencio unos momentos al cabo de los cuales, aquél preguntó:

—¿Por qué vende estas cosas tan bonitas?

—¿Por qué cree usted que puede ser?

—¿Para salir de algún compromiso?... Usted podría ganar mucho dinero... cantando.

—No tengo práctica. Además, esas cosas son muy complicadas.

—¡Son tan fáciles como el abecedario!... ¿Me permite usted que le haga una proposición?

—¡Naturalmente! — ¡Es usted simpatiquísimo!

—Si yo la ofreciese un empleo ¿lo aceptaría?... Soy dueño de «La Zapatilla de Plata» y necesito una cantante. Usted canta ma-

ravillosamente... Le aseguro que llegará muy lejos.

En tanto, en el salón de subastas Luigi seguía adquiriendo todo lo que ofrecían a la pública liquidación, pero no pujando de cien en cien dólares, como Corelli, sino dólar a dólar y, a veces, hasta por fracciones de dólar, hasta que la presencia del propio Stefano le reveló de aquella misión, encomendándole otra que Luigi partió a ejecutar en el acto.

Y eso era lo que Corelli quería, precisamente, alejarle de allí para que no viera lo que él se proponía hacer obedeciendo a una determinación que acababa de tomar como consecuencia de su

conversación con la señorita Howard, a la que nada había dicho acerca de ella.

Stefano Corelli, una vez sin el obstáculo de Luigi, hizo una oferta global por cuanto había de ser subastado aún y aceptada ésta, después de un breve regateo de unos cuantos miles de dólares, se dió por terminada la subasta, pasando todo a ser propiedad del antiguo matarife y actualmente dueño y empresario de «La Zapatilla de Plata».

¿Qué fin perseguía Stefano Corelli con este arranque de desprendimiento, para con una mujer a la que acababa de conocer?

La sucesión de los hechos nos lo dirá.

PRIMEROS PASOS POR LA SENDA DEL ARTE

Al día siguiente por la mañana se hallaba Luigi en «La Zapatilla de Plata», solitaria a aquellas horas, donde las señoritas del conjunto se disponían a ensayar al compás del piano.

Luigi, que se multiplicaba por hallarse en todas partes donde su presencia pudiera ser de alguna utilidad a Corelli, presidía, ya que no dirigía los ensayos, a fin de que reinase en ellos el posible orden y no se malgastase el tiempo ni nada que pudiera valer un centavo.

Además, Luigi aquella mañana esperaba a alguien, cuya visita le había anunciado, sin descender a detallar, su amigo Stefani.

Y la visita no se hizo esperar.

Era esta visita Margarita Howard, que se presentó, linda, como siempre, pero vestida con mayor modestia de la que era corriente en ella.

—¿Busca usted a alguien?—la preguntó Luigi al verla.

—Sí; busco a Luigi.

—Luigi es un servidor... Viene usted de parte de Corelli, ¿verdad?

—El me envía.

—¡Usted tiene un gran futuro! ¡Corelli la ayudará a triunfar!

¿No es eso lo que él le dijo?...

¿Cuántos «milímetros» de cintura tiene usted?... Voy a darle unos pantalones para que baile.

Margarita seguía, con asombro, aquel torrente de frases incon-

gruentes de Luigi, al que dijo, al oír lo de bailar.

—Yo canto... ¡Por lo menos eso dice el señor Corelli!

—¡Ah!... ¡Pues si él lo dice!... Pues vamos a cantar.

Y ambos se acercaron al piano, frente al que aparecía sentado un joven que no tenía aspecto de genio musical, ni mucho menos.

—Viene a cantar—dijo Luigi al profesor aquel.

—¿A cantar?... Pues vamos, nena—exclamó el pianista dirigiéndose a la desconocida, que hizo un gesto de desagrado al oírle tratarla con aquella confianza.

El pianista, sin apercibirse de ello, entregó un papel de música a Margarita, que le preguntó:

—Por dónde empiezo?

—Por donde empiezan todas, por el coro.

Margarita comenzó al son que la tocaban, vacilando y dando pruebas de gran desorientación.

—Esta canción no es asunto de boca, sino de planta baja... De baile.

—Yo canto en la planta baja y en la azotea, pero dígame lo que quiere—repuso Margarita al profesor ante la advertencia que acababa éste de hacerla.

—Dale una lección de canto—

dijo el profesor entonces a una de las «girls» allí presentes.

La «girl» tomó el papel de manos de Margarita y empezó a cantar, acompañándose con un movimiento rítmico de caderas, monótono e inexpressivo.

—¿No es más que eso?... ¡Venga el papel!—exclamó graciosamente Margarita, que añadió, dirigiéndose al pianista: —¡Vamos, nene!

Y dió principio a la canción y al balanceo como la más consumada artista de esa especialidad pudiera haberlo hecho.

En tan poco destacada tarea la sorprendió la presencia de Stefano Corelli, que se quedó parado y sorprendido al ver aquello, vacilando unos momentos antes de acercarse al grupo.

—¿Qué pasa? — preguntó a Margarita una vez junto a ella.

—Me están enseñando a cantar—le contestó la joven.

—¡Lo hace muy bien!... ¡Tuviste ojo clínico!—intervino Luigi, adulador.

—¡Vete y no vuelvas!—le gruñó Corelli, rechazándole.

—¡Renuncio!—murmuró Luigi alejándose.

Es de advertir que las despedidas de Corelli a su amigo eran

tan frecuentes y pasajeras como las renunciaciones de éste, que no abandonaba jamás, por nada ni por nadie, su puesto al lado de Stefano.

—¡Quitate el sombrero!—ordenó Corelli al pianista, que obedeció azorado.

Y volviéndose a la señorita Howard le dijo:

—¡Quiero que cante cosas bonitas, delicadas... ¿Cómo se llama aquella canción?

—Quiéreme siempre.

—Yo me encargaré de la señorita—dijo Corelli a Luigi, que se había incorporado de nuevo al grupo como si tal cosa—. Buscaremos un pianista que sepa música.

—¿Será una indirecta? — preguntó el pianista a Luigi, que le contestó:

—Querrá a Paderewsky para que la acompañe.

—Es que yo leo cualquier música si me la silban dos veces.

*
**

Pocos días después «La Zapa-tilla de Plata» presentaba el aspecto de las grandes solemnidades. Nada se había anunciado concretamente, pero todos los asiduos al Cabaret y aun muchos

que no lo eran sabían que Stefano Corelli les iba a sorprender aquella noche con algo fuera de lo corriente.

Corelli y Luigi, correctamente vestidos de smoking iban de un lado para otro prodigando atenciones a todos.

Y allí estaba también Miller, aunque no en calidad de parroquiano. Había ido para insistir en la venta de su restorán.

—No pierda el tiempo: Corelli no le comprará el restorán—le dijo Luigi.

—¿Por qué?

—¡De hoy en adelante todo el mundo vendrá aquí a oír a la nueva cantante! — fué la respuesta que dió a Miller, no Luigi, sino el propio Corelli, que se había acercado a ellos.

—Prepárense para algo bueno, señoras y señores! anunció en voz bien alta Corelli, dirigiéndose a los allí presentes.

—¿Va a venir la policía?—preguntó un chusco.

—Les tengo una gran sorpresa!

—¿Una bailarina descalza?—inquirió otro.

—¡Nada de eso!... ¡aquí está!

En aquel instante apareció Margarita Howard vistiendo elegantísimo traje de noche y lan-

zando al aire los primeros versos de la canción «Quiéreme siempre», que al principio fué acogida en silencio y con curiosidad, pero que no tardó en dar origen a que se oyeran risitas harto significativas y frases burlonas y hasta mortificantes.

Ante aquella actitud tan inesplicable de «su público», Corelli se quedó asombrado y aterrado.

Y como la broma fuera adquiriendo proporciones casi de escándalo, Corelli no pudo dominarse más.

—¡Qué saben los cerdos de perlas!—exclamó, a grandes gritos, encaramado en la tarima de la orquesta, y agitando los brazos en actitud amenazadora!

—¡Fuera!... ¡Fuera, todos!—añadió, descendiendo al salón y empujando a los clientes para que se marchasen.

Claro que Margarita se había retirado a su «Camerino», pero no disgustada, como parecía lógico. Estaba tan tranquila, al parecer, como si tal cosa.

Y una vez hecha su «toilette» de calle, se retiró a su casa, acompañada por Nancy, su fiel ama de llaves. Al día siguiente recibió la visita de Stefano Corelli, que seguía indignado.

—¡Es un sacrilegio cantar an-

te una manada de cerdos!—dijo Corelli al entrar y mientras se dejaba caer en una butaca frente a la señorita Howard.

—Cuestión de gustos... Tal vez tengan razón—le repuso Margarita.

—¡Su voz tiene un no sé qué... un algo que llega!... ¡Eso que en los puros se llama *calidad superior*!... Cada vez que la oigo cantar recuerdo cuando era pobre... Durante toda la semana trabajaba en el matadero, pero el sábado se lo dedicaba a la ópera... Mi salario era muy pequeño... pero siempre apartaba tres dólares para la noche del sábado, dos para una entrada de galería, arriba, que es donde van los que saben de música... El otro dólar lo invertía en una cena y en un puro bueno, en un habano... A los habanos legítimos, nunca se les cae la ceniza... ¡Eso es calidad!... Pues así es la voz de usted, legítima... y de calidad.

Cuando Corelli hubo terminado su discurso, seguido por Margarita con interés y complacencia, ésta le dijo:

—Le agradezco mucho que me haya dado oportunidad de probar mi voz...

—¡No diga eso!—la interrumpió Stefano—. A usted no le han

dejado probar nada. Pero de hoy en adelante cambiarán las cosas... ¡Yo será su empleado!

—¡Cómo es eso?—preguntó Margarita con curiosidad.

—Ya verá.

Y Corelli salió encaminándose a buscar a Miller, claro que acompañado por Luigi, y todos juntos, más un arquitecto, cuya presencia requirió Stefano, fueron a ver el famoso restorán que Miller tenía tanto empeño en venderle, y que era un salón inmenso, pero completamente desmantelado y del que muy bien podría decirse que sólo tenía las cuatro paredes.

Lo recorrieron bien y lo examinaron mejor.

—Te compraré el Casino—dijo al fin Corelli a Miller—. ¿Cuánto quieres por este cementerio?

Y volviéndose al arquitecto, continuó:

—Me alegro que sea usted un gran arquitecto... Gastaré doscientos mil dólares en reconstruir esto.

—Quiere arruinarse pronto—musitó Luigi, procurando que nadie, pero sobre todo Stefani, le oyese.

—Este trabajo requerirá de doce a catorce semanas—observó el arquitecto.

—Lo quiero en doce o catorce días—afirmó Corelli.

—¡Imposible!

—¡Nada es imposible!... El dinero es lo de menos... Quiero algo grande y lujoso... Algo así como la Estación Central... ¡La montura tiene que ser digna de la joya!... Este Cabaret se llamará «La Margarita»... como mi madre.

—¡Hasta en su madre piensa!—se dejó decir Luigi, que añadió después, levantando la voz:

—Steve quiere hacer de esto un café aristocrático... ¿verdad?

—¡Déjame... ¿No ves que estoy pensando?—le respondió Corelli.

—¡Soñando... ¡Anoche acabaste con «La Zapatilla de Plata»... insistió Luigi.

—¡No quiero nada con imbéciles!... ¡Los amantes de la música vendrán a «La Margarita»... a oír a Margarita!...

—¡Margarita te dejará en la calle!... ¡Es una...!

No pudo Luigi acabar la frase porque Corelli le tapó la boca de una bofetada. Mas pronto se arrepintió de su arrebató y se acercó, cariñoso, a su amigo.

—Tú no quisiste ofenderla... ni

yo pegarte—le dijo— ¡Perdóname!

—¡Parecen niños! — observó Miller, dirigiéndose al arquitecto, que dijo, a su vez, a Corelli. —Se hará el trabajo.

Entonces Corelli se dió cuenta de que la voz resonaba.

—¿Por qué no me dijiste que tenía ecos?—preguntó a Miller.

—A toda casa vacía le pasa lo mismo. Cuando tenga muebles y cortinas, no se oirá nada—, afirmó el técnico.

Quiero que este Cabaret sea algo original. Un sitio a donde sólo vengan personas distinguidas... No me importa la clase, pero que sepan de música... Que dejen de hablar, de comer y hasta de respirar, cuando oigan una canción.

*
**

Doce días más tarde, el Cabaret «La Margarita» estaba en condiciones de abrir sus puertas al público.

El dismantelado local que Stefano Colelli comprara a Miller, había sido transformado en una lujosísima y riquísima sala de espectáculos, pues a más del espacio destinado al público y de la pista para bailes y exhibiciones

de determinados números, contaba con un amplio escenario situado al fondo, pero tan hábilmente enclavado, que podía verse desde cualquier punto del salón.

Ante este escenario, dotado de todos los adelantos modernos, estaba el espacio para su orquesta, que no era la misma que actuaba contigua a la pista.

Los palcos eran soberbios, así como el resto de las instalaciones, y el decorado de un gusto y de un arte insuperables, destacando la nota de modernidad, pero libre de extravagancias.

La iluminación, profundísima hacía refulgir como ascua de oro aquel conjunto, del que muy bien podía afirmarse que era algo nunca visto.

Y llegó la noche de la inauguración, en la que Margarita Howard debía presentarse de nuevo como figura la más destacada de un número musical, cantable yailable, que venía a ser algo así como una sinfonía pastoral bucólica.

Margarita se hallaba ya en su «camerino», tan digno de ella como del fastuoso Cabaret, luciendo un caprichoso traje de campesina.

Así la sorprendió Stefano Co-

relli, al llegar al Cabaret radiante de alegría.

—¡Qué linda!—exclamó Stefani al verla.

—Estoy nerviosa... No sé qué hacer... ¡Tengo miedo de presentarme ante esa gente!... Se van a reír de mí, como en el otro café... ¡Tengo la seguridad de que no podré cantar!

—Con mirarla, quedarán satisfechos—la contestó Corelli, añadiendo a poco:

—Hoy nace usted, y tenemos que celebrar el acontecimiento... ¿Es usted supersticiosa?

—Un poco.

—Voy a enseñarle una cosa. ¿Ve esta sortija?

Corelli la mostró una de las varias, no muchas, que llevaba en sus dedos.

—Me la saqué en una rifa, en Coney Island... Valdrá unos diez centavos... ¡A mí todo me había salido cual siempre, pero esta sortija me cambió la suerte!

Entonces Stefani se quitó la sortija y se la puso a Margarita, que le advirtió:

—No debe dármela.

—¿Siente la influencia?—la preguntó Stefano sin darse por enterado de las palabras anteriores de la señorita Howard.

—Quizá pierda usted su buena suerte—insistió la joven.

—Si se la lleva usted, no me importa.

La hora de dar comienzo el espectáculo había llegado.

El dilatado Salón de «La Margarita» presentaba un aspecto inenarrable, tanto por el número de concurrentes, como por la calidad de éstos, que acusaban su actitud y su elegancia.

«Dos botones» pasearon por la sala una original pancarta en la que se leía:

No se servirá a ninguna persona mientras esté cantando Margarita

A poco el salón quedó en una discreta semioscuridad y las dos grandes puertas correderas que cerraban el escenario se apartaron en sentido opuesto, quedando éste a la vista del público.

Los coros iniciaron el número con sus cantos y sus evoluciones y llegó el momento solemne de entrar en escena la protagonista, cuya presencia fué acogida con aplausos, que inició el propio Stefano Corelli, situado en lugar estratégico.

Estas ovaciones se sucedieron con frecuencia, pues en realidad, Margarita cantó como nunca.

Y mientras ella cantaba, los ca-

mareros y todo el personal del restorán, vigilaba al público, reprimiendo todo comentario así como cualquier movimiento que pudiera producir el ruido más leve.

A tal extremo llegó esta vigilancia, que a un caballero conatumaz que quería decir algo y no le dejaban hablar, acabaron por expulsarle, y no con muy buenos modos.

El número de la presentación de Margarita, que era el último del programa, terminó en medio de una ovación ensordecedora, a la que hubo de corresponder saludando repetidas veces desde el proscenio.

¡Su triunfo había sido total; definitivo!

Satisfecha por demás se retiró a su cuarto donde la aguardaba Nancy, que la había acompañado para ayudarla a vestir y a desnudar.

Muchos fueron los espectadores entusiasmados que intentaron llegar hasta el «camerino» de la debutante para felicitarla, pero se encontraron con una barrera inexpugnable de empleados que les cerraron el paso, en virtud de órdenes terminantes recibidas.

Uno de éstos fué Philip Cameron, que consideró tarea fácil lle-

gar hasta su antigua amiga para darla un apretón de manos.

—Quiero ver a la señorita Howard—dijo al primer empleado que se le interpuso, el cual pareció no oírle.

—Somos íntimos amigos—añadió.

Pero no obtuvo mayor éxito.

—¿No puedo comunicarme con ella?—preguntó entonces, teniendo que contestarse a sí mismo—. ¡Ya entiendo!... Volveré más tarde.

—Y se alejó.

Stefano Corelli no cabía en su pellejo, de gozo.

—¡Hemos ganado tres mil quinientos dólares!—dijo a Luigi.

—¡Hemos perdido, debes decir!—le contestó éste— ¡Abre los ojos, Stefano!... Además de lo que hemos perdido esta noche gastaste mil dólares en flores.

—¡Las merece!

—¡Pues pronto nos mandarán siempre vivas!... En el cuarteto del Rigoletto tomaron parte cuarenta cantantes... ¡Despide al director!...

—Los contraté yo.

—¡Sólo se necesitan cuatro... es un «cuarteto»!

—¡Pero yo quiero un cuarteto de cuarenta cantantes!

—¡Renuncio! — exclamó en-

tonces Luigi, según tenía por costumbre en tales casos, contestándole Corelli con el consabido:

—¡Estás despedido!

Corelli se dirigió acto seguido al «camerino» de Margarita que parecía un jardín esplendoroso por el número de ramos y de cestas de flores que le ocupaban casi totalmente.

—¡Perdone!—dijo Corelli al entrar, quedando un tanto sorprendido al ver a la joven avanzar hacia él, abrirle los brazos y darle un beso.

—¿Ha bebido algo?—la preguntó.

—¡No, pero estoy ebria de aplausos!... ¡Sería capaz de besarlos a todos!—le repuso Margarita.

—Eso no está en el menú...

—¡Nunca olvidaré esta noche, Corelli!

—Ya no necesita mi sortija.

—¡Pues no se la daré!

—Se la regalo... Todavía tengo suerte. Esta noche ganamos tres mil quinientos dólares...

Corelli guardó un breve silencio como si vacilase ante algo que quería decir.

—¿Quiere cenar conmigo?—preguntó al cabo a Margarita.

—¿Aquí?

—¡No!... Aquí la música es buena... pero la comida...

—Pues voy a cambiarme de traje.

Y Margarita penetró detrás del biombo, seguida por Nancy, mientras Stefano, contemplando aquel cuadro florido que le rodeaba y pensando en Margarita, en su porvenir... y en él, sonreía satisfecho.

—¡Ya estoy!—dijo Margarita a poco, modesta, pero elegantemente vestida; es decir, con un buen gusto irreprochable, mas sin nada que pudiese resultar llamativo.

Corelli la ofreció su brazo y la acompañó hasta el automóvil que esperaba a la puerta en el que partieron.

SURGE EL RIVAL

Corelli condujo a Margarita a su casa, mejor dicho, a la nueva casa que había adquirido para instalar el mobiliario y los efectos adquiridos en la subasta del palacio de los Howard, que aparecían dispuestos y distribuidos en forma lo posiblemente semejante a la que tenían antes.

Margarita, aunque sin darse cabal cuenta al principio de ello, no pudo reprimir un gesto de admiración ante el buen gusto con que todo aparecía ordenado y por la riqueza de cuanto veían sus ojos y que traía a su memoria un vago recuerdo de algo impreciso.

—¿Le gusta?—la preguntó Corelli—. Pues esto no es nada... ¡Venga para que se asombre!

Y la condujo a un gran balcón, que abrió, y desde el que se dominaba la ciudad, profusamente iluminada tanto que se destacaban perfectamente muchos de los principales edificios que han dado fama a Nueva York.

—¡Qué gran ciudad! ¿eh?—insistió Corelli—. ¡Algún día todas esas gentes que van por ahí estarán a sus pies, como yo!... ¿Ve aquella mancha blanca?... Es el Metropolitan Opera House... Allí cantará usted, Margarita.

—¡Usted habla de imposibles como si fueran hechos!

—¡Usted triunfará! ¡Me lo han dicho los astros!

—Pues le mintieron.

—¡No!... Son amigos míos... Antes de morir quisiera oírle

cantar «La Bohème» en el Metropolitan... ¿Le gusta Puccini?

—¡Naturalmente! —repuso Margarita.

—Cometió un error en su ópera. Aquella aria «¡Qué mano tan helada!» ¿La recuerda?... ¿Por qué se la dió al tenor?

—Estaría enojado con la soprano—dijo Margarita por decir algo.

—Yo voy a cambiar la ópera y haré que sea una mujer la que cante el aria... ¿Sabe usted quién será esa mujer?... ¡Usted, Margarita!

Corelli hablaba y hablaba dejando desbordarse en palabras la alegría íntima que sentía y Margarita, sin prestarle gran atención, contemplaba el panorama que se ofrecía a sus ojos desde el amplio balcón, y parecía preocupada.

—Voy a enseñarla la casa. Venga, señorita Howard.

Recorrieron varias habitaciones en las que destacaba de modo más acentuado el mobiliario de los Howard, pues incluso el dormitorio que fué de Margarita aparecía dispuesto como en su propia casa, sin que faltare el menor detalle.

Ante la sorpresa de la joven, que no pudo reprimir un ligero

gesto de contrariedad, Corelli hubo de explicarla:

—Compré todas estas cosas... Aquí todo está a la mano... ¿Qué quiere usted el teléfono?... Dondequiera que esté tiene un teléfono cerca, que no tiene más que enchufar como una simple luz portátil... Puede hablar desde todas partes... Usted no va hacia el teléfono, es el teléfono el que viene hacia usted.

—Todo esto me halaga muchísimo—dijo Margarita, al fin, después de aquel torrente de palabras de Corelli. ¡Quisiera aceptarlo... pero no puedo!

Stefano quedó desconcertado al oír esta afirmación de Margarita y sólo supo responder:

—¡Perdón!

—Yo soy quien debería pedirlo... ¡Usted no sabe nada de mí, me conoce muy superficialmente!...

—¡Si... me he equivocado!—musitó Corelli.

—Cuando me decía que su mayor deseo era oírme cantar en el Metropolitan, reí por no llorar... Eso, antes, no habría significado nada para mí, pero hoy mi ambición es triunfar... Esta noche me dí cuenta de muchas cosas... me encontré a mí misma...

Entonces la interrumpió Stefano Corelli.

—¡Y esta noche... la he perdido yo!

—¡Lo siento!—le repuso Margarita, acercándose a él cariñosamente.

Pero Corelli la rechazó respetuosamente, entregándose a su desesperación, que se tradujo en un nuevo torrente de palabras y de imprecaciones contra sí mismo.

—¡Sé lo que soy!... ¡Vengo de la calle!... ¡No tengo educación!... Soy un don Nadie... un jugador!... Entre usted y yo, señorita Howard, pondré una raya y no trataré de cruzarla!... ¡Se lo juro!

—Creo en usted, Steve—le contestó cariñosamente Margarita.

—Voy a llevarla a su casa, señorita Howard.

—¡No!... Usted me invitó a cenar y a cenar vamos.

Esta postrer salida de Margarita desconcertó un tanto a Corelli que comenzó a pensar que aquella mujer era menos comprensible de lo que él había supuesto y que había que tratarla con extraordinario tacto si no se quería desagradarla y perder en un minuto lo que se había ganado en un mes.

Terminada la cena, que fué en

el mejor restorán nocturno de Nueva York, Stefano Corelli acompañó a Margarita a su casa y se trasladó a la suya, pues tenía una cuenta que ajustar a Luigi, al que buscó en seguida hallándole en la cama.

—¡Me has fastidiado!—le dijo—. Margarita se ofendió porque la ofrecí la casa.

—No me echas la culpa a mí... Yo traté de convencerte...

—¿Por qué me dejaste hacer eso?

—Me dijiste que conocías a las mujeres porque habías tratado a seis o siete...

—¡Quedas despedido! — exclamó por último Corelli, mientras Luigi repetía su consabido ¡renuncio! y se arrebuja entre las ropas del lecho.

Al día siguiente había ensayo en La Margarita al que debía acudir ésta. Mas como se retrasase, Luigi y todos la aguardaban con impaciencia.

—Cada diez minutos que pasan son cuarenta dólares perdidos—murmuraba Luigi, paseándose nerviosamente.

—Ustedes, ¿por qué no tocan?—preguntó a los músicos el amigo de Corelli.

—Esperamos a la señorita Howard.

—A ustedes les pagan por tocar, ¿no es eso?... ¡Pues toquen!—insistió Luigi malhumorado.

La señorita Howard no se hizo esperar mucho más. Llegó a poco y se dirigió a su «camerino».

Penetró en él, dió la luz y cuál no sería su sorpresa al ver a un hombre echado sobre el sofá y dormido, al parecer.

Quedó unos momentos suspensa, sin saber qué hacer, si salirse del «camerino» o gritar pidiendo auxilio.

Pero no hubo necesidad de nada de ello por cuanto el intruso, volvió la cara y se dejó ver.

Era Philip Cameron.

—¿Qué haces aquí tan temprano?—le preguntó Margarita.

—¡Vine a llorar la pérdida de la única mujer a la que he querido!... La he buscado por todas partes... El teléfono estaba desconectado... su casa vacía y nadie me daba noticias de ella... Y cuando empezaba a resignarme, la encontré anoche aquí.

—¿Y por qué no me viste anoche?—inquirió la joven.

—Querían matarme, porque me empeñaba en verte... En cada puerta había un gorila... Pero olvidaron la ventana.

—¿Y has pasado aquí la noche?

—Media noche y lo que va del día de hoy. Yo supuse que vendrías más pronto o más tarde, y así ha sido.

—¿Entonces no has dormido?

—¡Como un lirón!

En tanto Corelli en la dirección del Cabaret, aguardaba la visita de Miller, al que había mandado llamar, y que no tardó en presentarse.

—¿Para qué me llamaste?—preguntó al entrar.

—Vamos a ser vecinos, ¿verdad?—le repuso Corelli.

—No puedes prohibirme que abra un café al lado.

—¡No voy a prohibirte nada!... ¿Te gustaría quedarte con este negocio?... No quiero más casas de juego... Voy a retirarme...

—¿Por qué?—inquirió Miller.

—En este negocio sólo puedo tratar con canallas como tú.

—¿Te estás aristocratizando?

—Te venderé esto por nada...

—¿A qué llamas tú nada?

—Cien mil dólares en efectivo.

Mas dejemos a Corelli y Miller ultimar el negocio, que no lo ultimarán y volvamos al «camerino» de Margarita.

Esta había hecho sonar el timbre acudiendo Luigi a la llamada

y quedando sorprendido al verla en compañía de un hombre.

—Hoy no ensayaré... Voy a almorzar con este amigo—le dijo Margarita.

—Negocio hecho—musitó Luigi, saludando y dirigiéndose a dar cuenta a Corelli de lo que pasaba.

—Antes de decirte nada quiero que sepas que yo no tengo la culpa... La Howard está con un hombre.

—¡Todas son iguales!... ¡Apenas vuelve uno la espalda!—dijo Corelli con desaliento.

—Y se va con él.

—Síguelos.

Luigi se dispuso a cumplir la orden de Corelli y al pasar Margarita junto a él, con Philip, le dijo:

—Volveré a la noche. Adiós.

De cómo cumplió Luigi su encargo nada hay que decir sabiendo el interés que ponía en cuanto le encomendaba Stefano y mucho más en un caso como aquél que podía ser decisivo para alejarle de un peligro que Luigi consideraba grande e inminente.

A Corelli los minutos se le antojaban años aguardando a su amigo, que apareció, al cabo, sudoroso y jadeante, pero reflejando en su rostro la satisfacción del

deber cumplido sin olvidar el menor detalle.

—Habla pronto—le dijo Corelli al verle.

—Déjame siquiera tomar un aliento, que no vengo en auto, sino a pie y corriendo, para calmarte.

Luigi hizo una pausa y prosiguió:

—Se llama Cameron; es millonario y vive en Boston.

—Cuéntamelo todo... ¿Dónde almorzaron?

—En El Marlloro... Comieron caracoles con salsa de ajo... Yo pedí lo mismo.

—¡Lo tuyo no me importa! ¿Qué más?

—Después fueron a la pescadería... donde exhiben peces... creo que le dicen Aquarium o cosa parecida.

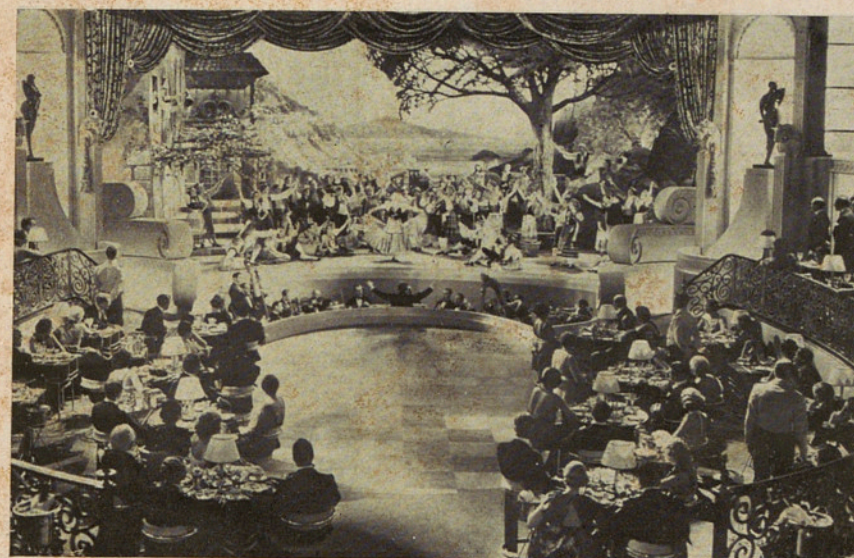
—Déjate de comentarios y sigue.

—Después de ver no menos de cincuenta millones de peces... tomaron un ómnibus y se bajaron en la tumba de Garibaldi... el monumento que tiene en Riverside.

—Es la tumba de Grantt.

—De pronto enmudecieron y él la pasó el brazo por la cintura.

—¡Basta!—gritó Corelli al oír esto.



Nadie hubiera dicho que aquello era la sala de un cabaret.



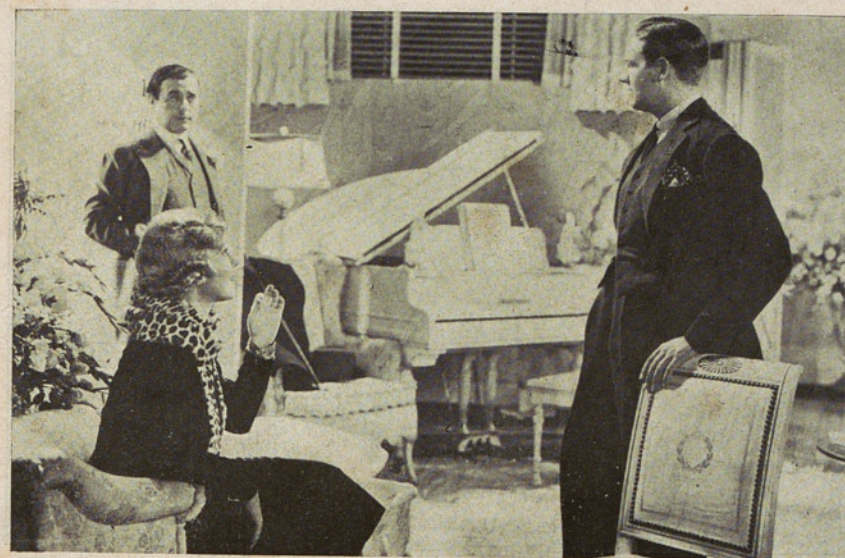
—En serio, ¿Por qué no nos casamos, Margarita?



~ ¡Me siento completamente dichosa!



~ ¿Crees que alcanzará para pagar las deudas?



~ Pues sepa usted que yo también la quiero.



Corelli, mientras se bañaba oía una ópera entera en el gramófono.



- Si se lleva usted la
suerte, no me importa.

no cal pas
que canti
que prou can
ta ella en
aqueta
película

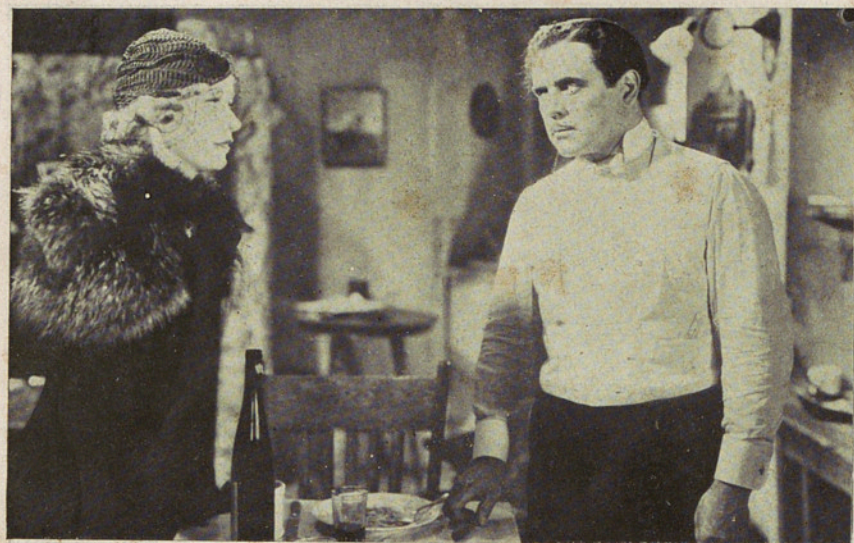
A cada intervención
de Margarita aumen-
taba el éxito.



- Vente a Boston con-
migo, Margarita.



- Nos queremos hace
mucho tiempo, señor
Corelli.



-¿Se lo ha dicho
Luigi?... ¡No le haga
caso!



- ¡Esa es la joya de
que yo le hablaba,
señor Maurizzio!...



Aquella «Bohème» del
Metropolitan era algo
nunca visto.



- No me atrevo a fir-
mar sin estar Corelli
presente.



Jamás se había cantado el dúo como lo cantó Margarita.



Corelli se entregó a la bebida y al fuego...

—Stefano ¿por qué no me dejas sacarte de este apuro...? Le escribiré una carta que diga, poco más o menos: «¡Señor Cameron: Váyase a oler rosas a Boston. Si se queda en Nueva York perderá hasta el olfato!...»

—Eres muy diplomático... pero calla.

—Dime ¿qué piensas hacer?

—Cambiar de vida... Educarme... Y, sobre todo, aprender inglés.

—Yo entiendo tu inglés.

—Eso prueba que es malo.

Allá, en la habitación de su Hotel Philip Cameron repasaba su libro de notas en el que iba consignado, desde hacía muchísimo tiempo, el resultado y sus impresiones de cuantas entrevistas tenía con Margarita Howard.

Y el balance era de tal naturaleza que si Stefano Corelli hubiera tenido ocasión de verlo, se hubiera tranquilizado respecto al peligro que suponía, para sus planes, aquella amistad de la señorita Howard.

En efecto, una tras otra, todas las apuntaciones recientes, lo mismo que las antiguas, acusaban el mismo resultado negativo.

Margarita seguía siendo una buena amiga de Philip Cameron, pero nada más: respecto a casarse con él abrigaba la misma opinión de siempre: que no.

Así Cameron, después de aquel día que le dedicó Margarita casi íntegramente, a solas en su Hotel, como decimos antes, anotó el resultado de su insistencia amorosa.

«Me dijo que no en el «camerino», apuntó en primer término.

«Me declaré de nuevo en el Aquarium y volvió a decirme que no».

«Mientras paseábamos en canoa, me dijo otra vez que no».

«No, no y no, me repitió tantas veces como la hablé de casarme conmigo».

Pero tanta y tanta negativa no eran obstáculo para que Margarita Howard cultivase con verdadero agrado la amistad de Philip Cameron y se dejase acompañar y obsequiar por él siempre que se presentaba ocasión. Por eso, el día que pasearon juntos planearon un viaje a Boston, en el que Cameron fundaba grandes esperanzas, y Margarita quedó en el encargo de acordar, con su empresario Stefano Corelli, la fecha en que había de realizar el tal viaje, ya que en aquellos mo-

mentos no era una mujer que pudiera disponer libremente de su persona, por cuanto se debía al público que tan cariñosamente la había acogido, y hasta al mismo Corelli, su generoso y desinteresado protector, al que ella no daba una gran importancia, en verdad, como no se la daba a Cameron, pero al que debía gratitud y no era cosa de dejarle plantado sin más ni más después de los enormes sacrificios económicos que venía haciendo por ella.

Y así, aquella misma noche, al llegar al Cabaret, lo primero que hizo fué entrevistarse con Stefano Corelli, que la aguardaba impaciente y nervioso y hasta desconfiado, y que al verla no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción.

—¿Me permitirá que vaya a Boston unos días? — preguntó Margarita a Corelli, añadiendo—. Iré cuando usted quiera, no tengo prisa... ¿Podrá conseguir otra cantante para que ocupe mi puesto mientras yo estoy fuera?...

Corelli, ante aquella inesperada proposición quedó un poco desconcertado, pero se rehizo pronto y hasta pudo idear un plan para ver de estorbar aquel viaje, que tan poca gracia le ha-

cía, pues Corelli, en medio de su rudeza, era hombre sagaz y hábil y sabía conducirse con alguna diplomacia cuando llegaba la ocasión. Esta, la diplomacia, fué la que le sirvió para conjurar, al menos de momento, el peligro que le amenazaba como empresario y como rendido admirador de Margarita Howard.

Al fin, después de haber reflexionado unos instantes, dijo Corelli a Margarita, contestando a su consulta.

—Seguramente que encontraré quién la sustituya... aunque no con tanto éxito... Se hará todo lo que usted quiera... Pero lo malo es que... La culpa es mía... No he debido hacer nada sin decírselo a usted antes... La gente del Metropolitan me ha visitado y hoy, seguramente, me volverán a llamar... ¡Están locos con usted!...

—¿Quién está loco?—preguntó Margarita, como si no hubiera entendido bien lo que Corelli le decía.

—El empresario... Ya hablaremos... Y le prometí llevarla para que la oigan.

—¿Cómo ha hecho usted eso?

—¡La conseguiré el mejor maestro del mundo!

—Pues no iré a Boston.

—¡Me alegro!... Tendrá que

entregarse en cuerpo y alma al estudio.

—Haré lo que usted quiera—le dijo Margarita resignada.

—¿Me promete no pensar ni ver a nadie?... ¿Acepta?... Pues voy a hablar con el empresario.

Corelli, lejos de ir a hablar con el empresario del Metropolitan, al que no conocía ni de nombre, lo que hizo fué buscar a Luigi, su tabla de salvación en los momentos difíciles.

Y le halló, dando órdenes como siempre, y vigilando para que no se gastase ni un céntimo inútilmente.

—¿Quién es el gerente del Metropolitan?—le preguntó.

—Maurizzio—le contestó Luigi sorprendido.

—¿Y el mejor maestro de canto?

—Bonini... ¿Vas a contratarlos?

—Ve a hablar con Bonini y haz un arreglo con él... ¡Vuela y no te vengas sin haberlo ultimado.

Luigi estuvo a punto de repetir una vez más su tan manoseado «¡Renuncio!», pero no se atrevió, en atención a que no estaba a solas con Corelli, si bien no muy confiado en el resultado.

Entonces Corelli, que rebotaba propósito de desbaratar el pro-

yectado viaje a Boston, no pudo reprimir la alegría, y exclamó:

—¡Qué feliz me siento!... ¡Champán para todos!...

«Todos» eran dos o tres amigos, asiduos clientes de Corelli, lo mismo en la fenecida Zapatilla de Plata que ahora, en La Margarita. Pero también participaron los camareros y cuantas personas se hallaban en el establecimiento. Corelli quería ahogar en champan (pero sin emborracharse, por cuanto en aquellos momentos necesitaba, más que nunca, tener la cabeza firme) las vacilaciones de que era víctima.

El había asegurado a Margarita que lo del Metropolitan era asunto hecho, ultimado en firme, casi, y la verdad distaba mucho de ser esa.

Ni la empresa del Metropolitan se había acercado a él, ni él conocía a nadie que a la misma perteneciese, como hemos tenido ocasión de ver antes.

¿Cómo solucionar tamaño problema?

Corelli no vaciló gran cosa: había que hacerlo y se haría, fuese como fuese y costase lo que costase.

Así como así a él no le importaban mil dólares más o menos con tal de salirse con la suya.

Eso aparte de que en la ocasión presente se jugaba algo más que su dinero; se jugaba el buen concepto que Margarita Howard tenía formado de él, como hombre serio y de palabra.

¿Qué hubiera pensado de él la señorita Howard si se descubre que lo de la contrata para cantar en la Opera había sido pura fantasía?

Y ni corto ni perezoso Stefano Corelli tomó el abrigo y el sombrero y se dirigió al Metropolitan Opera House, previa una pregunta telefónica de que si se encontraba allí el señor Maurizzio.

No fué tarea fácil para Corelli salvar todos los obstáculos que le salieron al paso una vez en el Metropolitan, pues llegar hasta el señor Maurizzio no era empresa fácil. Mas como su porte y su modo de presentarse le abonaban, a más de su condición de propietario del Cabaret la Margarita le daba una cierta personalidad, al fin pudo ver franquearse ante él la puerta del despacho del gerente del Metropolitan.

Se hallaba éste sentado ante su mesa y en compañía de unos amigos, artistas de la Opera, alguno de ellos.

La presencia de Corelli fué

acogida amablemente, pero con un gesto de curiosidad.

—Señor Maurizzio... Caballeros—dijo Corelli al entrar acompañando sus palabras por una inclinación de cabeza.

—Bien venido—le respondió el señor Maurizzio, saludando también con la cabeza, como lo hicieron los que le acompañaban. Y añadió:

—Usted dirá lo que desea.

—Vengo a pedirle que me ceda el Metropolitan, por una sola función, cueste lo que cueste.

En el rostro del señor Maurizzio y de sus amigos se reflejó un gesto de sorpresa, que Corelli no vió o no quiso ver, para poder acabar de exponer su plan antes de entrar en explicaciones.

—Lo necesito todo... menos la soprano, porque tengo una... ¡Y qué soprano, caballeros!... ¿Cuánto costará esto?—preguntó Corelli por último.

—Nada—le repuso el señor Maurizzio.

—¡Magnífico!—exclamó Corelli al oírle, frotándose las manos de satisfacción.

—Lo que usted quiere, es imposible, amigo mío —añadió el gerente del Metropolitan.

—¡Está bien!... ¿No aceptan el regalo que vengo a hacerles?...

¿No quieren que la señorita Howard cante aquí...? ¡Pues tendrán que oírle en mi Opera!—exclamó Corelli abandonando el despacho y dando un portazo al salir.

El señor Maurizzio y sus amigos se miraron y no faltó quien de ellos se llevase un dedo a la sien como diciendo: «¡Este hombre está loco!»

Stefano Corelli desde el Metropolitan se dirigió de nuevo a La Margarita, donde ya le aguardaba Luigi.

—¿Qué hay de lo de Donini?—le preguntó.

—Dicen que Donini gana ocho mil dólares por semana... Pero la gente exagera... Por eso le ofrecí doscientos cincuenta...

—¿Y qué te contestó?

—Me echó a patadas...

Corelli, sin *despedir*, por esta vez a Luigi y sin que éste tuviese necesidad de repetir su *renuncio!*, se agarró al teléfono y llamó a casa del maestro Donini, al que dijo, una vez al habla con él.

—Si se pone a mi disposición le daré dos mil dólares por semana, ¿acepta?

La contestación debió ser afirmativa por cuanto Stefano colgó el aparato, y comentó, dirigiéndose a Luigi:

—¡Así se hacen los negocios!

Y Corelli inició una serie de paseos por la habitación pensativo y nervioso, parándose de vez en vez y diciendo algo que Luigi, no obstante seguir con la mirada todos sus movimientos no logró oír.

El timbre del teléfono sacó a Corelli de su abstracción y a Luigi de sus observaciones, para acudir al aparato, y responder a la llamada.

—Cameron llama a la señorita Howard—dijo al cabo de un rato volviéndose a Corelli y tapando con la mano izquierda la bocina para que la persona que comunicaba no le oyese.

—Dile que salió.

—Sí, señor Cameron... La señorita Howard no ha llegado... Sí, señor Cameron... se lo diré.

Entonces Stefano Corelli, no pudiendo dominarse más, se acercó al aparato, arrebatando a Luigi el auricular de las manos.

—Habla Corelli—dijo en tono desabrido—. La señorita Howard está muy ocupada... Perderá usted su tiempo si trata de verla... Vuélvase a Boston.

Y colgó el teléfono sin aguardar respuesta.

—¿Por qué no dejas a Cameron de mi cuenta?

—Si no se va a Boston, seguiré tu consejo.

CORELLI SE DA POR VENCIDO

A partir de aquel momento Stefano Corelli se consagró en cuerpo y alma a preparar la solemnisima aparición de la soprano Margarita Howard con la ópera *La Boheme*, si bien tal y como la escribiera Puccini, es decir, sin la variación que él pensaba introducir en la misma.

Y como lo primero para tal solemnidad era que Corelli contase con su Opera, como dijera al gerente del Metropolitan, dispuso que se introdujesen en La Margarita todas las reformas necesarias para que, sin que perdiera su carácter de Cabaret aristocrático, pudiese ostentar honrosamente el título de teatro de ópera.

Para ello se suprimió la pista y se tomó gran parte del espacio

que antes ocuparan las mesas, quedando éstas reducidas a las de los palcos y a una sola hilera al pie de éstos.

Todo el espacio libre se convirtió en una amplia platea, en la que se instalaron sillones que nada tenían que envidiar a los del Metropolitan Opera House.

El espacio para la orquesta sufrió, asimismo, la necesaria ampliación ya que había de instalarse en él un conjunto musical de más de cien profesores.

El reclutamiento de esa orquesta y de su director fué una de las más grandes preocupaciones de Stefano Corelli, que quería supir, con la calidad de los elementos las deficiencias inevitables de que pudiera adolecer el local, pe-

se a todas las modificaciones en él introducidas.

Claro que el gusto de Corelli hubiera sido construir un teatro de nueva planta, mejor aun que el Metropolitan, pero ello, sobre estar por encima de sus posibilidades económicas hubiera requerido una pérdida de tiempo que se avenía muy mal con su impaciencia por ver triunfar, definitivamente a Margarita... por si de ese modo la ganaba para él, que no era todo amor al arte y altruismo, en Stefano Corelli.

Mientras duraron las reformas de La Margarita, la señorita Howard, asistida por el célebre maestro de canto Donini, no sólo perfeccionó la emisión de su voz, sino que estudió concienzudamente *La Boheme*, llegando a dominarla en forma tal que hasta su profesor se sentía orgulloso de tener una discípula tan eminente.

Corelli atendía a todos los detalles, multiplicándose para reunir el mejor conjunto de cantantes y los coros más disciplinados que fué posible hallar, no en Nueva York, exclusivamente, sino en todos los Estados de la América del Norte.

El único a quien tanto derroche traía a mal traer era a Luigi, que

había decidido ver, oír y callar, en vista de que Corelli no le hacía el menor caso en nada.

Olvidábamos consignar que una de las dependencias de La Margarita que sufrió más honda reforma, fué el escenario, cuya embocadura, amplia, rica y del mejor gusto, no se modificó, por no ser preciso. No así el escenario propiamente dicho, que fué acrecentado notablemente, pintándose telones soberbios por los mejores escenógrafos del país. El decorado para *La Boheme* era, realmente, algo maravilloso por su originalidad y por su arte.

En tales condiciones llegó la noche del fausto acontecimiento.

Corelli había tenido muy buen cuidado de invitar al señor Maurizio para que asistiese al debut de la nueva cantante de ópera con las personas que tuviese gusto en que le acompañasen.

Y el gerente del Metropolitan Opera House aceptó la invitación, tranquilizando su presencia a Stefano Corelli, que temía un desaire.

Aparte de este espectador tan distinguido acudió a oír aquella *Boheme* excepcional un público selectísimo integrado por la aristocracia de la sangre y del dinero y por cuantos significaban algo

en el mundo de las letras y del arte.

En tales condiciones de especulación, los profesores de la orquesta fueron ocupando sus puestos, mientras la sala iba quedando discretamente iluminada.

Durante estos preliminares Corelli asistido por Luigi, iba explicándole quiénes eran algunos de los concurrentes.

—Mira; aquel de las barbas blancas, es Maurizzio, el empresario del Metropolitan... Y el joven que está a su lado, Michael Bartlett, el gran tenor.

—¿De modo que aquél es el signor Maurice? ¿eh? —inquirió Luigi.

—Sí, el señor Maurizzio—le repuso Corelli, que se apartó de su lado para dirigirse al «camerino» de Margarita, a la que no había querido ver aún para no contagiarla de su nerviosidad.

Y nunca lo hubiera hecho.

Margarita, que había llegado al teatro acompañada de Philip Cameron, se despedía de él en aquel preciso momento con un abrazo y un beso.

Al verlos en tal disposición palideció y no pudo avanzar un paso más: no pudo, y no quiso. Por el contrario, salió del camerino, ordenando a todo el personal de

entre bastidores, que una vez que saliese el señor que estaba con la señorita Howard, no le dejasen entrar más, ni durante, ni después de la representación.

Y él, a su vez, desapareció también sin que en toda la noche se le volviese a ver más.

Momentos después la orquesta dejaba oír los primeros compases de La Bohème en medio de un silencio más que religioso; sepulcral.

La representación se fué deslizando en medio de la general complacencia, hasta que llegó el momento de aparecer la soprano, momento en el que culminó la espectación.

Margarita empezó a cantar de modo irreprochable, creciéndose materialmente escena tras escena, hasta adueñarse en absoluto del ánimo de cuantos la oían, siendo interrumpida por frecuentes «bravo!» y premiada con ovaciones atronadoras al final de cada número, ovaciones que se repitieron, mayores cada vez, si posible era, hasta el final, en que la artista, consagrada definitivamente, hubo de salir al proscenio, a saludar repetidas veces.

Los comentarios en la sala no podían ser más elogiosos para la artista.

¡Lástima que Stefano Corelli no estuviese allí para oírlos!

Pero si no estaba él, estaba Luigi que tuvo buen cuidado de aproximarse a la mesa ocupada por el señor Maurizzio y sus amigos para oír lo que decían éstos.

La impresión que reflejaban sus palabras no podía ser más halagadora para la nueva soprano.

En efecto, Corelli, la tarde que les visitó en el Metropolitan, no les había engañado.

Creemos innecesario decir que muchos espectadores y entre ellos Philip Cameron, intentaron penetrar en el «camerino» de la cantante para darla la enhorabuena, pero les fué cerrado el paso, teniendo que desistir de su deseo ante la actitud del personal de la casa, decidido a hacer acatar la consigna recibida del amo y señor.

El único que pudo llegar hasta Margarita, fué Luigi, poseedor de la opinión del empresario del Metropolitan.

Luigi halló a la joven radiante de alegría, tanto, que faltó poco para que le diera un abrazo a falta de alguien mejor para desahogar con él su alegría.

—¡Qué feliz me siento!—exclamó Margarita al ver a Luigi,

dando rienda suelta a su contento.

—No es para menos, signorina —la respondió Luigi.

—¿Crees que les gusté?

—Maurizzio está encantado.

Dicho esto, Luigi, extrañado de no ver allí tampoco a Corelli, pues no dudaba encontrarle en el «camerino», se aventuró a preguntar:

—¿Qué le habrá pasado a Steve? ¿Dónde se habrá metido?

—Por aquí no ha parecido en toda la noche, cosa que me ha extrañado —le contestó Margarita.

—Pues por la sala tampoco está, ni en su despacho.

*
**

Corelli, profundamente dolido y afectado desde el momento en que viera a Margarita en brazos de Cameron, decidió deslindar los campos de una vez y aclarar la situación para siempre.

Y para coordinar el plan que debía seguir decidió aislarse, no ver a nadie, y menos que a nadie a la señorita Howard, ni al propio Luigi, dejando que se desarrollase el espectáculo de La Margarita por sus cauces norma-

les, ya que él tenía descontado el éxito y había adoptado todas las medidas para hacer frente a cualquier eventualidad.

En esta disposición de ánimo abandonó el Cabaret, procurando no ser visto, y vagó por la ciudad, acabando por adoptar la resolución de entrevistarse, lo antes posible, con Philip Cameron.

Y como lo pensó lo hizo, dirigiéndose al Hotel donde aquél se hospedaba, y logrando, a fuerza de habilidad y de astucia y diciéndole a los empleados que era amigo suyo y que tenía que hablarle aquella misma noche, irremisiblemente, que le dejasen penetrar en su habitación y aguardarle, ya que él sabía que estaba en el teatro y que no tardaría en regresar, advirtiéndole que no le dijese nada, cuando llegase, de que le aguardaba una visita, que evidenció al personal del Hotel, que era una persona rica y rumbosa.

Corelli, en aquella ocasión, como en casi todas, apeló al argumento tan convincente del dinero: sus dólares le allanaban muchas dificultades y le abrían no pocas puertas, como la del cuarto de Philip Cameron.

No hacía mucho que esperaba

cuando sintió pasos. Entonces se levantó y se ocultó.

La puerta se abrió y Philip penetró en su cuarto.

Apenas se había despojado del sombrero y del abrigo, cuando oyó pasos a su espalda y se volvió rápidamente.

Stefano Corelli, con el rostro demudado, avanzaba hacia él, empuñando un revólver.

—¿Cómo entró usted?—le preguntó Cameron a Corelli.

—Lo mismo que usted; por la puerta.

—¿Qué desea?

—¿Usted quiere a Margarita?—inquirió Stefano.

—¡Sí!—le contestó rápido Philip Cameron.

—Y yo también... Uno de los dos está de más... ¿Qué piensa hacer?...

—Usted todo pretende conseguirlo a la fuerza... Pero en este caso le fallará, porque yo me casaré con Margarita Howar—afirmó, resueltamente Cameron.

Ambos guardaron silencio unos instantes, dando pruebas de gran serenidad, ante la actitud amenazadora de Corelli, prosiguió:

—Si usted fuera un buen jugador, se habría retirado a tiempo... El que no sabe perder, no debe jugar.

Corelli callaba y oía, pudiendo observarse que las palabras de Cameron comenzaban a hacer huella en su ánimo.

—Usted no es igual a Margarita—continuó Cameron—. Ella nunca se casará con usted... Si cree que matándome ganará algo, dispáre.

Stefano Corelli, anonadado ante argumentos tan categóricos, no supo qué contestar. Vaciló unos instantes, no para decidirse a disparar, sino para acertar con el modo de poner fin a aquella escena tan violenta y de resultado tan opuesto al que él esperaba y deseaba.

El vencido había sido él y no Philip Cameron, como se prometiera a sí mismo cuando concibió la idea de ir a verle.

En efecto, todo lo que Cameron le decía era verdad y lo sabía él. Por eso optó por guardarse el revólver y por marcharse sin despegar los labios y sin volver la vista atrás.

Iba como un autómatas y así ganó la calle, completamente ajeno a cuanto le rodeaba, pero madurando la resolución de seguir el consejo de su rival y de retirarse de aquel juego tan peligroso, en el que no podía esperar ninguna ganancia.

Mas su retirada tenía que ser rotunda y definitiva; mientras se le viese por alguna parte; mientras se supiese dónde paraba, se le buscaría y todo resultaría inútil.

Y como al renunciar a Margarita renunciaba a todo, decidió enterrarse en vida, buscando un refugio que nadie fuese capaz de descubrir, ni aún el celoso Luigi.

Así, en su ignorada guarida, pasó varios días, buscando consuelo y olvido en el licor; es decir, iniciando su marcha por la senda que conduce a la degeneración y a la muerte.

Pero la muerte no llegaba y él carecía de valor para precipitar su arribo recurriendo al revólver, que de tan poco y para tan poco le había servido en ocasión reciente.

Aquella pasividad era incompatible con su carácter inquieto y activo. Había que precipitar los acontecimientos y llegar pronto al fin.

Y entonces se acordó de Miller, cuyos negocios marchaban viento en popa. Nadie mejor que Miller para acabar de hundirle, como él deseaba.

Una noche se presentó en el nuevo establecimiento de su antiguo competidor.

—¡Hola, Corelli! — exclamó Miller al verle—. ¿Dónde has estado metido?

—Dándome un baño a la turca... Necesitaba recuperar las fuerzas perdidas.

—¿Cómo va La Margarita?

—Pregúntaselo a Luigi... Yo no quiero saber nada de ese negocio.

Es de advertir que Miller no ignoraba que La Margarita languidecía desde hacía algunos días, pues la inexplicable desaparición de Stefano Corelli tenía a todos preocupados y desorientados; pero nada dió a entender, quizá por temor a descubrir el placer que sentía al ver a Corelli camino de la decadencia.

Tampoco a Corelli le importaba gran cosa la opinión de Miller; ya no le importaba nadie, ni nada, ni siquiera él mismo.

El había ido allí a que el juego completase su obra destructora, toda vez que la fortuna le había abandonado para siempre, al parecer. Iba decidido a jugar convencido de que perdería, no porque lo deseara, sino porque tenía que ser así, y así sería.

—¿Todavía están jugando?— preguntó a Miller al ver funcionar las mesas del «baccarrat», del «treinta y cuarenta» y de la ruleta.

—Desde ayer no hemos parado—le contestó Miller, rebotando satisfacción.

Corelli se fué acercando poco a poco a una de las mesas, e inició, de pie, sus posturas. Y ni por casualidad acertó una vez, en vista de lo cual decidió sentarse para seguir jugando.

Pero el cambio de posición no influyó para nada en su suerte y continuó perdiendo hasta acabar con todo el dinero que llevaba encima.

Miller, que le seguía con la vista, sonreía satisfecho, y cuando le vió sin dinero se acercó a él aparentando sorpresa.

—¿Pero estás jugando? — le preguntó.

—Sí, perdí lo que tenía.

—Pues continúa jugando si quieres: tienes crédito en esta casa.

Corelli, puesto ya en el disparadero y con la cabeza un poco caliente por las frecuentes libaciones que hacía, aceptó la generosidad de su enemigo Miller y jugó de nuevo, perdiendo, unos tras otros, hasta tres mil quinientos dólares, momento en el que Miller juzgó conveniente dar por terminada la «aventura» por aquella noche y suspendió la partida, después de hacer firmar a

Stefano Corelli un pagaré por el importe de la cantidad adeudada.

—La suerte me ha vuelto la espalda—dijo Corelli al estampar su firma en el papel.

Miller sabía demasiado que

aquella deuda no sería la última, por cuanto Corelli volvería en busca del desquite y él se encargaría de que perdiera para hundirle de una vez en el abismo y quitársele de delante.

MARGARITA SALVA A CORELLI

Desde la noche que cantó Margarita Howard *La Bohème* en La Margarita, o sea, desde la misma de la desaparición de Stefano Corelli, la Empresa del Metropolitan Opera House comenzó las gestiones para contratarla, tropezando con la oposición de la joven que no se atrevía a adquirir aquel compromiso sin que Corelli tuviese conocimiento de ello, en vista de lo cual el señor Maurizzio se comprometió a contribuir por cuantos medios estuvieran a su alcance a dar con el desaparecido.

De éste sólo sabía una persona, Luigi, pero tenía la consigna rigurosa de no darlo a sospechar siquiera a nadie, ni a la señorita Howard, pasase lo que pasase.

Luigi, eso sí, obraba de acuerdo con Corelli, al que tenía al corriente de cuanto pasaba y pudiera interesarle. Por eso procuró desde el primer momento inclinar el ánimo de Margarita Howard a que aceptase la proposición de la Empresa del Metropolitan, que era verdaderamente magnífica.

En estas gestiones, en estas diferencias y en estas pesquisas se pasaron cuatro días, al cabo de los cuales la Empresa del Metropolitan, creyó dar por terminada su espera y comunicó a la cantante a que se decidiese a aceptar o no la proposición que la habían formulado.

Margarita, a quien la desaparición de Corelli había impresiona-

do más de lo que cualquiera que la conociera hubiera podido suponer, vaciló aún, pero Luigi la convenció de que debía aceptar, y entonces dió al señor Maurizzio una respuesta afirmativa, acordándose que aquella misma tarde acudiera Margarita a la Ópera, donde la aguardarían con el contrato extendido para no hacer otra cosa que leerlo y firmarlo.

Y así fué, a la hora convenida, se congregaron todos en el despacho del señor Mauricio, al que acompañaban, entre otras personas, el famoso tenor Michael Bartlett.

Todos los allí presentes se deshicieron en elogios de la nueva cantante, cuyas aptitudes ponderaron, sin conseguir que sus alabanzas envanecieran a Margarita, porque ésta era muy dueña de sí misma y conocía muy bien el alcance y lo justo, hasta donde lo eran, de los elogios que la prodigaban.

Sonrió y dió las gracias con un mohín graciosísimo, pero nada más.

Acabado este primer capítulo de obligada, y, en este caso, merecida cortesía, el señor Maurizzio, entró en materia, como vulgarmente se dice: es decir, se caló las gafas, requirió el contra-

to que tenía sobre la carpeta de su mesa, ante sus ojos, y se dispuso a leer.

—Si me permiten un momento —dijo— leeremos esto para que lo firme la señorita Howard, y luego charlaremos todo lo que ustedes quieran.

Se hizo el silencio y el señor Maurizzio dió principio a la lectura sin omitir ni el membrete:

Metropolitan Opera Association Inc. Nueva York. Contrato: Entre la Metropolitan Opera Association y la señorita Margarita Howard, mayor de edad y domiciliada en la ciudad de Nueva York, Estado de Nueva York, de acuerdo con el convenio celebrado entre ambas partes, la señorita Howard se compromete...

Al llegar a este punto de la lectura Margarita interrumpió:

—Yo no debo firmar eso no estando Corelli aquí.

—¿Pero por qué?... Si él es el que más ha luchado por conseguir esto?—la repuso el señor Maurizzio.

—Además, hemos hecho todo lo posible por encontrarle—añadió el tenor Bartlett.

—Piense usted también, señorita Howard, que es la única forma

de dar con él. Cuando sepa que va usted a cantar *La Bohème* en el Metropolitan, saldrá de donde esté por oírlo, estoy seguro.

Ante tales razonamientos Margarita se dejó convencer: acabó de escuchar la lectura del contrato y estampó su firma al pie.

El debut debía tener lugar pocos días después, los indispensables para poder llevar a cabo la debida propaganda y que el acto, verdaderamente solemne, lo fuese de todo a todo.

Mas del pensamiento de Margarita no se borraba el recuerdo de Stefano Corelli: ¿qué habría sido de él?... Sólo una cosa la tranquilizaba; ver a Luigi multiplicarse por suplir su ausencia, si bien el Cabaret no funcionase ni llevara trazas de funcionar más.

Entre tanto, Stefano Corelli, hundido cada vez más en la desesperación y la inconsciencia, seguía yendo al Cabaret de Miller a jugar, renovando una y otra vez los pagarés, pues había agotado todos sus recursos y jugaba a crédito.

Aquella noche, que era precisamente, la víspera del debut de Margarita Howard en el Metropolitan, al suspenderse el juego, ya de madrugada, en el garito de

Miller y disponerse Corelli a firmar un nuevo pagaré, Miller le atajó:

—No más pagarés. Esta noche próxima arreglaremos cuentas.

—¿Cuánto te debo?—le preguntó Corelli.

—Quince mil dólares.

—¿Desconfías de mí?

—No, pero necesito que me pagues esta noche.

Entonces Corelli echó mano del talonario del Banco, que llevaba encima y extendió un talón por el total de la suma, rompiéndose los pagarés parciales.

—Has dejado que esa mujer se burle de ti... Pero de mí no te burlarás tú—prosiguió Miller, añadiendo:

—Cuando tú tenías negocios obligabas a todo el mundo a pagar. Pues págame ahora.

Entonces Stefano Corelli entregó el talón a Miller, que lo aceptó, mirándole con recelo, aunque sin decir nada.

No había avanzado mucho la mañana del día siguiente cuando Miller, desconfiado y celoso, se encaminó al Banco a hacer efectivo el valor, siendo confirmada su sospecha de que Stefano no tenía ya fondos allí.

—Me lo temía... y me alegro—

dijo Miller a un sujeto mal encarado que le acompañaba.

—Era de esperar. Corelli está arruinado del todo—le contestó su acompañante.

—Digo que me alegro—añadió Miller—para demostrarle, ya que él se empeña, que de mí no se burla, como le advertí a tiempo.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Buscarle y que me pague...

Y ¡ay! de él si no lo hace, que entonces sí que voy a ver lo que tiene dentro del corazón, como me dijo una vez.

Ambos hombres se dirigieron a La Margarita, donde Luigi daba los últimos toques a la liquidación del negocio.

—¿Dónde está Corelli? ... ¿Dónde está Corelli?—le preguntaron simultáneamente asiéndole cada uno por un brazo.

Luigi los miró con gesto de fingido asombro, y les contestó:

—En Palermo. Fué a presentar la fiesta de la vendimia.

—¡Embustero!—le increpó Miller que añadió, en vista del silencio de Luigi.

—¿No nos lo quieres decir?... Peor para él... Hoy no es difícil encontrarle... Esta noche no faltará a la Opera. Allí le esperaremos, y, o me paga lo que me debe, o lo va a pasar muy mal.

Una vez solo Luigi recapacitó un momento y se dió perfecta cuenta del peligro que amenazaba a su amigo y del que era forzoso sacarle fuese como fuese y costase lo que costase.

En efecto, como había afirmado Miller, Corelli no faltaría a oír a Margarita y allí encontraría la muerte seguramente, ya que Miller era hombre capaz de todo y deseaba quitarse de delante, para siempre, a Stefano Corelli, al que envidiaba, aun arruinado.

¿Pero cómo conseguir que Corelli le hiciese caso una vez en la vida? — se preguntaba Luigi a sí mismo.

Entonces una gran idea acudió a su mente: recurriría a Margarita, aun desobedeciendo las órdenes de Stefano, la contaría toda la verdad y la pediría que fuese con él a ver a Corelli para convencerle de que no fuese a la Opera si no quería arriesgar la vida estúpidamente.

Y como lo pensó, muy bien pensado, lo hizo, después de convencerse, por una llamada telefónica, de que Margarita estaba en su casa.

—¡Encontré a Steve!—dijo a la joven en cuanto estuvo en su presencia.

—¿Sí?... ¿Dónde está?... ¿Qué pasa?—inquirió Margarita con el mayor interés.

—Está bueno, pero en un peligro grandísimo del que sólo usted, señorita Howard, puede salvarle.

—¿Qué he de hacer para ello? Dígamelo, que estoy dispuesta a todo.

—Antes he de contarla a usted la verdad, por dolorosa que sea.

—¡Cuéntemela, sí; quiero salvarle!

—Está en la miseria... Todo lo ha perdido... A Miller le debe quince mil dólares y no se los puede pagar... La Zapatilla de Plata, el Casino, La Margarita... ¡Todo lo ha perdido... lo ha perdido por usted, señorita Howard.

—¡Cierto, cierto!... ¡Qué horror!—exclamó Margarita tapándose la cara con ambas manos.

—¡Y esta noche perderá la vida si va a la Opera... Miller le aguarda para matarle si no le paga.

—¿Y qué puedo hacer yo?—preguntó Margarita.

—Hablarle, convencerle. A usted la hace caso, pero a nadie más que a usted.

—¿Vendrá?... ¿Sabe usted si vendrá por aquí hoy?

—No lo creo. Es preciso que

vayamos a verle antes de esta noche... ¡Es urgentísimo!

Margarita, sin querer oír más se dispuso a acompañar a Luigi, que ardía de impaciencia, y que no ignoraba que se lo jugaba todo, pues aquel paso suponía una desobediencia que difícilmente le perdonaría nunca Stefano Corelli.

Ambos se encaminaron a la guarida de Corelli, que era una modesta habitación en un piso de una casa situada a las afueras de Nueva York, en un barrio populoso. El aposento, amueblado sin ningún lujo, aunque sí decorosamente, estaba provisto, eso sí, de un buen aparato de radio que Corelli había hecho transportar de su casa, para poder oír música buena aun en aquel trance tan doloroso para él.

La sorpresa de Corelli al abrir la puerta de la habitación y encontrarse frente a frente de Margarita Howard y de Luigi, no es para describir.

—¿Por qué ha venido?... ¿No va a cantar esta noche?—la preguntó.

—Los dejaré plantados —le contestó Margarita.

—¡Imposible!—exclamó Corelli, llevándose ambas manos a la cabeza.

—¿No me dejó usted plantada a mí?...

—¡No hablemos de eso!... ¿Qué viene a hacer aquí?

—Usted me necesita y debo estar a su lado...

—Luigi se lo contó todo, ¿verdad? No le haga caso.

Hubo una pausa, durante la cual Margarita se despojó del sombrero y del abrigo, como disponiéndose a quedarse allí.

Corelli, sin parar mientes, al parecer, en esta maniobra o sin darle importancia, siguió hablando:

—¡Esta es la noche más feliz de mi vida!... ¡Soy el mismo Corelli de antes!... ¡Una buena cena; un buen puro; y dos entradas para la Opera.

Entonces, volvió a la realidad y se dió cuenta de lo que significaba la presencia de Margarita Howard allí.

—¡Es tarde!... ¡Váyase! —la dijo.

—No saldré de aquí si no me promete que no irá a la Opera.

—¿Qué interés tiene en ello?

—No me faltan motivos... Sé lo que pasa.

—¡Pues se lo prometo!... ¡Váyase! ¡No sabe usted lo feliz, lo satisfecho que me siento!

Pero como Margarita no se moviera, Corelli insistió.

—¡Váyase!... ¡Tiene que cantar!

Margarita entonces se acercó a él y le dijo en tono sinceramente cariñoso:

—Steve, si algo le sucediera a usted, yo no podría cantar más... ¿Entiende lo que le digo?

Mas Steve calló, absorto en sus pensamientos.

—Steve, mírame—le dijo entonces Margarita tomándole ambas manos— ¡Te quiero! —añadió la joven, con arrobamiento amoroso—. ¡Estos días que no te he visto me he dado cuenta de que te quiero!

Ante aquel arranque de Margarita, Luigi, que había presenciado la escena en silencio, no pudo reprimirse, y exclamó:

—¡Un millón de gracias, signorina!...

—Está bien, vete. Esperaré aquí... Te oiré por radio—repuso Corelli.

—Esta noche cantaré sólo para ti... Y al terminarse la ópera, sin cambiarme de traje siquiera, vendré a verte.

—Te esperaré.

Margarita se dispuso a partir y ya en la puerta, ordenó a Luigi.

—Luigi, quédate con él.

Una vez solos Corelli y Luigi éste dijo a aquél.

—No tuve más remedio que darte la vuelta donde vivías, pues ni comía ni descansaba... ¡Creo que me lo agradecerás!... Ella te quiere.

—A veces lo que parece amor es gratitud.

—Ahora es amor, amor de ley, puro—observó Luigi.

—¿Crees que voy a dejar que se sacrifique por mí?... ¡No me hago ilusiones!... ¡Yo sé lo que soy!

Y como observase que Luigi se sentaba tranquilamente, le preguntó:

—¿Por qué te sientas?

—Quiero estar seguro de que no saldrás.

—¿Crees que voy a engañar a Margarita?

—Ella me ha dicho que me quede aquí.

—¿Quieres ir tú a la Opera?—preguntó Corelli a Luigi.

—Siempre que no te muevas de aquí, sí.

—Pues vete. Toma la entrada.

Stefano sacó las dos localidades que había adquirido y entregó una a Luigi, rompiendo la otra con evidente gran pesar.

—¡Quiero saberlo todo! ¡Cómo cantó, cómo estaba vestida, todo!... Yo la oiré por radio, pero no la veré.

—Cuando termine la función vendré con ella—dijo Luigi disponiéndose a marchar.

—¡Diviértete!—fué la palabra conque Corelli despidió a su amigo.

Y una vez sólo comenzó a manipular en la radio para convenirse de que funcionaba normalmente, alternando esta distracción con paseos de un lado a otro de la estancia, sentándose a veces, aunque por poco tiempo, pues el estado de sus nervios no le dejaban sosegar de ninguna manera.

TRIUNFA EL AMOR

En tanto, en el Metropolitan Opera House la empresa aguardaba a Margarita Howard alarmada por su tardanza, pues aun cuando no era hora, todavía de comenzar el espectáculo, lo era, sí, de que la artista estuviese ya en el teatro.

El señor Maurizzio y las personas que le acompañaban se miraban unas a otras sin saber a qué atribuir aquella tardanza, precisamente en la noche del debut, que es necesario tomarse algún tiempo por si a última hora hay que resolver cualquier dificultad.

Y a tal extremo llegó la impaciencia del señor Maurizzio que destacó a cuantos estaban con él a inquirir noticias de la artista,

quedando él solo en su despacho.

Pero Margarita no tardó en llegar, siendo lo primero que se echó a los ojos, en cuanto traspusos los umbrales del teatro, a Miller y a otro sujeto de malísima catadura, que con él estaba, y que la miraron acompañando a la mirada una sonrisa harto significativa, y nada tranquilizadora.

Los tales sujetos se habían colocado en el pasillo de entrada, no lejos de la puerta, y parecieron dispuestos a aguardar allí todo el tiempo que hiciese falta.

La señorita Howard pasó, rápida, ante ellos encaminándose al despacho del señor Maurizzio, en el que penetró, dejándose caer materialmente, sobre un sillón colocado junto a la mesa.

—¡Vengo preocupadísima... muerta!—se dejó decir con desaliento.

—¿Dónde estaba usted?—la preguntó el empresario.

—No me pregunte nada, y dígame... Necesito que me haga un favor.

—Bueno... Pero ahora váyase a su cuarto y tranquilícese... Después de la función hablaremos.

—¡Ha de ser ahora!... ¡Me hacen falta quince mil dólares, en seguida!

—¿Cómo habla de dinero en estos momentos?—preguntó extrañado el señor Maurizzio.

—¿Pero cree usted que quince mil dólares se dan así como así y se tienen siempre a la mano?

—¡Es un asunto de vida o muerte!... ¡Por lo que más quiere usted, hágame ese anticipo!

—Pero...

—Si no me los da, es posible que no pueda cantar, bien contra mi voluntad.

El señor Maurizzio se resistió un poco aún, pero ante la insistencia de Margarita y su nerviosismo, accedió, al fin, y abriendo la caja de caudales, sacó quince billetes de mil dólares cada uno, extendiendo un breve recibo, que presentó a la señorita Howard y que ésta firmó, abandonando el

despacho transformada por completo, como quien acaba de quitarse de encima un peso abrumador.

¡Ahora sí que podría cantar y cantar bien!

A todo esto se había dado ya la entrada en el teatro y se acercaba el momento de comenzar la representación. Miller y su acompañante continuaban en su espera, que ya no tenía objeto, verdaderamente, por cuanto la señorita Howard, que fué en su busca en cuanto salió del despacho del empresario, les había recogido los talones firmados por Stefano Corelli, entregándoles, a cambio, los quince mil dólares, importe de la deuda de Corelli con Miller.

Querían, sin duda, con su espera, ya que no otra cosa, dar un susto a Stefano, del que no dudaban que acudiría al teatro y que entraría en él, precisamente, por aquella puerta.

Mientras todas estas cosas ocurrían en el Metropolitan Opera House, que se iba llenando de público hasta agotarse todas las localidades, Stefano Corelli, solo en su modesto refugio no podía resistir la impaciencia. Ponía la radio; la quitaba; miraba el re-

loj; se paseaba nervioso; se sentaba y se ponía en pie, casi a continuación, no sabiendo cómo ni en qué invertir el tiempo hasta que diese comienzo la ópera en el Metropolitan.

Más de una vez estuvo por ponerse el smoking y marchar al teatro, pero había ofrecido lo contrario a Margarita y no quería faltarle a su palabra.

Y miraba el reloj una y otra vez pareciéndole que sus manecillas estaban inmóviles. Pero no lo estaban, en verdad, por cuanto, al fin, marcaron la hora de dar principio la representación, cosa que se apreciaba, de modo evidente, en el Metropolitan, en cuya sala fué haciéndose la semi-oscuridad precursora de todo principio de espectáculo teatral, y que, además, en los teatros de Opera sirve para indicar al público que ha llegado el momento de guardar silencio y de oír.

Unos golpes dados por el director, con la batuta, sobre el atril, apercibió a la orquesta. Y momentos después se oían en la sala del Metropolitan, los primeros compases del preludio de La Bohème, que la radio llevó hasta Stefano Corelli, que los acogió con un gesto de gran satisfacción.

*
**

¡Al fin se realizaba un sueño que tan caro le había costado, pero que labraba la felicidad de la mujer tan tiernamente amada!

—¿Sería verdad —se preguntaba a sí mismo Corelli—, que Margarita le correspondía?

Tardía llegaba aquella dicha, pero él sabría luchar y resurgir de sus cenizas, ya que no se consideraba más que un recuerdo del pasado, como un cadáver que se movía aún por un fenómeno inexplicable.

Al menos de momento se consideraba feliz, todo lo feliz que puede sentirse un hombre alejado, por obra de la fatalidad, de la mujer amada en momentos tan solemnes y tan decisivos.

¡Ah! y eso que Stefano Corelli, ignoraba aún, claro es, cómo Margarita Howard había refrenado, doblemente cuanto le dijera momentos antes.

Corelli no sabía, no podía saber todavía, que la señorita Howard acababa de salvarle la vida pagando al mal sujeto de Miller, que no contento continuaba aguardándole para amargarle la

vida todo lo que de él dependía.

Y tampoco sabía Stefano, que la propia Margarita había roto aquella misma noche, definitivamente, con su contumaz pretendiente, Philip Cameron, cuando éste acudió al teatro, antes de empezar la representación, para saludarla y deseársela buena suerte.

Margarita esperaba aquella noche la visita de Philip y había adoptado la firme resolución de desengañarle de una vez, ya que estaba decidida a corresponder, aun a costa del sacrificio de no pocas de sus ilusiones, a las bondades de Stefano Corelli para con ella, con lo cual no hacía otra cosa que pagar, con la misma moneda, un cariño grande y sincero cobijado en el pecho noble de un hombre rudo, pero digno de ser querido.

Firme en este propósito Margarita, se lo expuso lisa y llanamente a Philip apenas traspuso la puerta de su «camerino», alegre y confiado como siempre.

—Vengo a desearte buena suerte, la dijo Philip.

—Te lo agradezco y puedo asegurarte que la suerte me sonríe desde hoy.

—¿Tanta fe tienes en el triunfo y tanto esperas de él?

—No se trata de mi triunfo de esta noche, precisamente. Ello, con ser mucho, significaría muy poco para mi felicidad.

—A ver, aclárame esas enigmáticas palabras.

—Soy feliz porque he descubierto un tesoro en el pecho de Stefano Corelli, un corazón grande y noble, ante cuyas bondades no tengo más remedio que reconocerme vencida.

—Pues sigo sin entenderte—la contestó Camerón.

—Que Corelli es bueno, muy bueno, y que, por serlo se ha ganado mi cariño.

—¿Quieres decir que te vas a casar con él?

—¡Naturalmente!

—O bromeas o te has vuelto loca.

—Ni estoy loca, ni te hablo en broma, sino muy en serio... Es una resolución inquebrantable.

—¿De modo que yo?...

—Ya encontrarás una mujer digna de ti.

—Este sí que es un desenlace inesperado, como en algunas novelas.

—Márchate a Boston, Philip, y olvídate.

—¿Es tu última palabra?

—¡Sí, la última... porque me

tengo que vestir para trabajar!... ¡Adiós!

Y Margarita le alargó la mano.

—¡Adiós!—la repuso Philip estrechando la mano de la joven y disponiéndose a salir.

—¡Me derrotaron! —dijo a Nancy, que le aguardaba junto a la puerta.

—Ya se lo hubiera advertido yo a usted al entrar, para que no le pillara de sorpresa, pero no dió ocasión.

Esta escena en el camerino de la señorita Howard se había desarrollado, naturalmente, mientras el público entraba en el teatro y ocupaba sus localidades; es decir, cuando aun faltaba algún tiempo para empezar la representación, a la que no quiso renunciar Philip Camerón, que desde el cuarto de su antigua amiga se trasladó a la sala para oír *La Bohème*, si su nerviosidad se lo permitía.

TRIUNFA EL ARTE

La representación de La Bohème se deslizaba en medio de una expectación general, aguardando todos el momento en que la nueva cantante hiciese su aparición.

Pero mientras los espectadores reprimían su impaciencia deleitándose con las primeras escenas, primorosamente cantadas, ya que el conjunto de artistas era inmejorable, Stefano Corelli no podía dominarse, pareciéndole interminable, soso y vulgar, todo lo que oía, y que otras muchas veces le había embelesado mientras se bañaba.

Llevado de su nerviosidad cerraba la radio y la volvía a abrir, temeroso de que durante aquel silencio comenzase a cantar Mar-

garita. Unas veces se paseaba inquieto y otras crispaba los puños, como renegando de las causas que le retenían allí, inmóvil e incapaz de gustar por sus propios ojos del espectáculo que se estaba desarrollando en aquellos momentos en el Metropolitán.

Pero como todo llega en la vida, llegó el anhelado momento de que Margarita saliese a escena y dejase oír su voz de oro, que resonó en los oídos de Corelli como algo sobrenatural.

Sólo entonces pudo calmar momentáneamente su impaciencia, concentrándose todo él para no perder ni una sola de las notas que brotaban de la garganta de la señorita Howard, que arranca-

ba frecuentes exclamaciones de admiración de sus oyentes y, ni que decir tiene, del propio Corelli, que gozaba a distancia, de aquel triunfo.

Acabado el número, una ovación cerrada, saludó a la cantante, suspendiéndose unos momentos la preparación, hasta que se hizo de nuevo el silencio.

Y entonces fué cuando estalló dominadora la impaciencia de Corelli.

Aquello no era bastante para él, que necesitaba, además de oír, ver, ver a Margarita, seguir todos sus movimientos, y unir sus aplausos y sus bravos a los de cuantos llenaban el teatro.

A duras penas pudo dominarse recordando la palabra dada a la señorita Howard de no moverse allí y aguardarla después de terminar la función.

Se resignó a seguir escuchando por la radio y volvió a tomar asiento junto al aparato receptor.

A poco volvió a oírse la voz de la soprano, más segura y más ágil que la vez anterior, si ello era posible.

Corelli siguió el desarrollo de aquel segundo número, cuya terminación levantó una tempestad de aplausos y de aclamaciones.

Entonces fué cuando ya no pudo aguantar más. Sin pensarlo siquiera, sin recapacitar a lo que se exponía con su determinación, aparte de disgustar a Margarita, se puso el smoking y el sombrero, tomó al brazo el abrigo, y salió, sin acordarse ni de cerrar la radio.

Una vez en la calle, mandó parar el primer auto de alquiler que pasó por su lado, subió a él y ordenó al chofer que le llevase al Metropolitan Opera House, sin pensar que ni tenía localidad ni las habría en taquilla.

De ese modo, devorado por la impaciencia, llegó al teatro, apeándose del coche, pagando el servicio, y lanzándose hacia la puerta como un desesperado.

Mas apenas la franqueó se dió de manos a boca con Miller y su acompañante, que le miraron sin sorpresa y que sonrieron malévolamente.

Corelli quedó parado al verlos.

—¡Dejadme ver la función y después haced de mí lo que queráis!—les dijo.

—No sé lo que me dices—le respondió Miller.

—No puedo pagarte... Mátame si quieres... pero no ahora, lue-

go. Espérame aquí, que aquí vendré.

—Ya no me debes nada. Tu amiga me ha pagado los quince mil dólares y la he entregado tus resguardos.

Stefano oyó estas palabras poniendo ojos de asombro, pero sin acusar ni agrado ni disgusto.

Nada contestó a Miller y se dispuso a entrar en el teatro a oír el resto de la ópera, que era lo que le interesaba.

Pero no había llegado a la primera escalera cuando se tropezó con Philip Cameron, no pudiendo, entonces, reprimir un gesto de desagrado y de contrariedad.

—¡Hola, Corelli!—le dijo Philip—. Ahora mismo me voy a Boston.

—Me alegro por usted—le contestó Stefani.

—¿No tendrá usted localidad?

—Tengo localidad, pero he roto la entrada, porque no pensaba venir.

—Pues tome mi contraseña. Yo no he de volver, pues perdería el tren.

Philip le entregó la contraseña y se marchó, mientras Corelli subía de dos en dos las escaleras para llegar antes.

Precisamente estaban en el último entreacto y como la sala se

hallaba iluminada, no tardó en encontrar a Luigi sentándose junto a él, en la localidad correspondiente a la entrada destruida por él.

La presencia de Corelli no alarmó a Luigi, que no ignoraba el rasgo de Margarita y que, por lo tanto había desaparecido todo peligro para la vida de su amigo.

Por el contrario, Luigi le recibió con gozo, aún cuando no pudiera exteriorizarlo con palabras porque en aquel momento se apagaron las luces, imponiendo silencio a todos.

Y La Bohème continuó con éxito creciente para Margarita, que no sabía cómo corresponder a tanta y tanta prueba de admiración.

Claro que en estas explosiones del entusiasmo al final de cada intervención de la soprano, Corelli daba rienda suelta a su alegría, no sólo con exclamaciones de entusiasmo, que acabaron por llegar a los oídos de la artista, no obstante el fragor de las ovaciones, sino abrazando a Luigi y a todo el que estaba cerca de él.

En esta forma se fué desarrollando el último acto de La Bohème y llegó al final, que fué algo apoteósico para la Howard, a la que sus entusiasmados oyentes

no dejaban de aplaudir y de llamar al proscenio una y otra vez.

Corelli, loco de satisfacción, había abandonado su asiento descendiendo hasta la barandilla del anfiteatro sacando medio cuerpo fuera y aplaudiendo como un desesperado sin dejar de repetir estentóreos bravos, pues quería que Margarita le oyese, le viese y le mirase.

Margarita, en la última de sus salidas al proscenio, alzó los ojos y los fijó en el anfiteatro, dirigiendo a Corelli una mirada cariñosa y una sonrisa, que a él se le antojó prometedora, pero que cualquier otro menos obcecado, hubiese interpretado como de resignación.

Y en cuando pudo salvar la barrera humana que le cerraba el paso, pues el público, que había iniciado el desfile, llenaba pasillos y escaleras, se dirigió al «camerino» de Margarita, dejándose caer en sus brazos y rompiendo a llorar como un niño.

Margarita le acogió profunda-

mente emocionada, sin que de sus labios pudiera brotar una sola palabra, pues se ahogaban en su garganta, en aquella garganta que momento antes llenaba, con sus notas cristalinas, todos los ámbitos de la sala del Metropolitan.

Luigi y Nancy, únicos testigos de tan patética escena, sintieron que también sus ojos se humedecían, como acabaron por humedecerse los de la propia Margarita Howard, que renunciaba a sí misma, definitivamente, en aquel momento, para sacrificarse en aras del hombre bueno y generoso, que había puesto en peligro, por ella, hasta la vida.

Y de esta manera, Stefano Corelli que, rico y poderoso, no había logrado interesar a su protegida, se vió en posesión del tesoro más codiciado por él: el cariño de Margarita Howard.

Con ese cariño renacían en él nuevos alientos que le conducirían otra vez a la prosperidad y a la fortuna.

F I N

BIBLIOTECA FILMS

LAS MARAVILLAS DE LA TEMPORADA

PRÓXIMO NÚMERO:

GRAN RECONTECIMIENTO II

LAS CRUZADAS

La formidable epopeya de la fé cristiana

La gesta maravillosa de Ricardo Corazón de León revivida por el genio fecundo de CECIL B. DE MILLE.

Henry Vilcoxon
Loretta Young

Superproducción *Paramount Films*

EN PRENSA:

OTRO SENSACIONAL RECONTECIMIENTO II

DESEO

La novela de la máxima emoción que hará latir el corazón ardiente de la juventud moderna. Creación de la diosa del cinema

MARLENE DIETRICH
y el idolo de las bellas
GARY COOPER

Superproducción *Paramount Films*

PRODUCCIONES NACIONALES

La última cita

por José Crespo y Luana Alcañiz

Incertidumbre

por Ramón de Sentmenat

Lola Triana

por Raquel Meller

Noches de Buenos Aires

Luisa Fernanda

COMO SIEMPRE *Biblioteca Films...*

ofrece a sus lectores

CALIDAD y no *Cantidad*

Ediciones Biblioteca Films

LAS MARAVILLAS DE LA TEMPORADA

Precio: Una pta. tomo

GLORIA DE UN DIA	Katharine Hepburn
LA NOVIA DE FRANKENSTEIN	Boris Karloff
EL REY SOLDADO	Emil Jannings
ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL	W. Baxter - Myrna Loy
OJOS NEGROS	S. Simon - Harry Baur
LA ALEGRE DIVORCIADA	G. Rogers - Fred Astaire
UNA NOCHE DE AMOR	Grace Moore
LA VIUDA ALEGRE	M. Chevalier - J. McDonald
EL CABALLERO DE FOLIES BERGERE	Maurice Chevalier
CONTRA EL IMPERIO DEL CRIMEN	James Cagney
CORAZONES ROTOS	Katharine Hepburn
LA TELA DE ARAÑA	Myrna Loy - W. Powell
LA DIOSA DEL FUEGO	Helen Gahagan
EL LOBO HUMANO	Henry Hull
ROBERTA	F. Astaire - G. Rogers
NOCHE NUPCIAL	Gary Cooper
LOS ULTIMOS DIAS DE POMPEYA	Preston Foster
HORROR EN EL CUARTO NEGRO	Boris Karloff
MAZURCA	Pola Negri
EL CARDENAL RICHELIEU	George Arliss
EL ESCANDALO DEL DIA	Clark Gable
LA FERIA DE LA VANIDAD	Miriam Hopkins
DEJADA EN PRENDA	Shirley Temple
MARES DE CHINA	Clark Gable
EL SOMBRERO DE COPA	F. Astaire - G. Rogers
QUIEREME SIEMPRE	Grace Moore

Pida su ejemplar antes de que se agote

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

UNA peseta el tomo

Producciones nacionales y filmadas en español

DON JUAN DIPLOMATICO	Celia Montalván
EL EMBRUJO DE SEVILLA	María Ladrón de Guevara
UN HOMBRE DE SUERTE	Roberto Rey
CASCARRABIAS	Ernesto Vilches
LA VOLUNTAD DEL MUERTO	Antonio Moreno
SU NOCHE DE BODAS	Imperio Argentina
UN CABALLERO DE FRAC	Roberto Rey
EL COMEDIANTE	Ernesto Vilches
LUCES DE BUENOS AIRES	Carlos Gardel
ENTRE NOCHE Y DIA	Elena d'Algy
LOS QUE DANZAN	Antonio Moreno
LA DAMA ATREVIDA	Ramón Pereda
EL PRINCIPE GONDOLERO	Roberto Rey
CARNE DE CABARET	Lupita Tovar
MERCEDES	Carmelita Aubert
MELODIA DE ARRABAL	I. Argentina - C. Gardel
EL AGUA EN EL SUELO	Maruchi Fresno
ESPERAME	Carlos Gardel
UNA VIDA POR OTRA	Nancy Torres
DOCE HOMBRES Y UNA MUJER ...	Irene López Heredia
VIDAS ROTAS	Maruchi Fresno - L. Tovar
LA DOLOROSA	R. Díaz - Agustín Godoy
TRES AMORES	Mona Maris - J. Crespo
UNA SEMANA DE FELICIDAD ...	R. Rodrigo - A. Palacios
DALE DE BETUN	Juan de Landa - A. Colomé
EL DESAPARECIDO	Rambal - Trini Moren
EL TANGO EN BROADWAY	Carlos Gardel
LA ULTIMA CANCION	Antonio Ortiz
20.000 DUROS	Charito Leonis
RUMBO AL CAIRO	Mary del Carmen
EL MALVADO CARABEL	Antoñita Colomé.-A. Vico
EL OCTAVO MANDAMIENTO ...	Lina Yegros
PODEROSO CABALLERO	Casimiro Ortas
ALAS SOBRE EL CHACO	Lupita Tovar.-A. Moreno
EL DIA QUE ME QUIERAS	Carlos Gardel
EL GATO MONTES	Pablo Hertogs
UNA MUJER EN PELIGRO	Antoñita Colomé

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

EDITORIAL
"ALAS"

UNA peseta